

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El espía crucificado

He aquí el objetivo que tienen en la vida tres personajes absolutamente insólitos: ABOLIR LA BONDAD. Sí, la BONDAD, no la maldad. Y ello porque la maldad existe de modo natural en el mundo, en la vida, y nadie especula hipócritamente con ella. En cambio, sí se especula hipócritamente con la Bondad, y ello da lugar a que ocurran cosas peores que las que genera la Maldad pura y simple. La maldad se delata por sí misma, y por tanto podemos prevenirnos y luchar contra ella sin la desventaja que significa estar engañados o equivocados. Pero la Bondad, al engañarte, te deja más indefenso, no tomas las debidas precauciones, y por tanto pueden engañarte y perjudicarte más profundamente que cuando sabes que pretenden lastimarte. ¿Y qué hacen estos personajes con un espía que no está de acuerdo con ellos? Pues le hacen lo que ellos creen que merece: lo convierten en «El espía crucificado».



Lou Carrigan

El espía crucificado

Brigitte en acción - 474

ePub r1.1
Titivillus 27.01.2018

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Hallazgo en el Potomac

Los dos hombres habían cumplido ya los sesenta años, pero conservaban cuando menos la ilusión de realizar actividades que estuviesen a su alcance y que les compensase de la dura vida laboral soportada hasta hacía poco.

Por ejemplo, pescar; pescar con caña, se entiende. Esta es una actividad generalmente apacible y placentera. No requiere grandes gastos, ni grandes viajes, ni ninguna cosa extraordinaria, en realidad. Con una caña, un buen cebo y un buen amigo para charlar de cuando en cuando, una persona puede pasarlo divinamente. Se sube a la lancha con su buen amigo, se remonta el río hasta el lugar adecuado, se desembarca y se instala uno para pasar un día agradable, se planta la caña a la orilla del río, y sólo hay que esperar. Y si no pica ningún pez, da lo mismo, mañana será otro día, y a fin de cuentas lo del pez es lo de menos, lo que importa es pasar un día agradable…

Sin embargo, aquel no iba a ser un día agradable en absoluto para Amos Jones y Franklin Ashe, los dos viejos amigos jubilados que remontaban en lancha el Potomac. Hacía poco que había amanecido, todavía quedaban jirones de niebla sobre las aguas de color tostado, y la visibilidad, en consecuencia, no era buena. Así que cuando Amos y Franklin oyeron la campana procedente de contra corriente, aprobaron enseguida.

—¿Ves? —dijo Amos—. Ése sí sabe lo que se hace.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Franklin.

—Hombre, puesto que está navegando con las últimas neblinas de la noche advierte su presencia tocando la campana.

Franklin Ashe quedo unos segundos pensativo antes de sonreír de pronto y decir:

—Quizá sea un barco fluvial de vapor movido a ruedas… Quiero decir, uno de esos que hace cien años iban por el Mississippi llenos

de lindas damas y tahúres. Ya sabes. Porque no me negarás que ir tocando la campana en estos tiempos no resulta gracioso.

—Un poco sí que lo es —rio Amos—, pero bueno, prefiero eso a que de repente se te eche encinta una embarcación y te aplaste.

—Hombre, claro. ¿Tú la ves?

Amos miró río arriba, intentando ver a través de los jirones de niebla la embarcación cuya campana oían a cada instante con más claridad. Pero no vio nada, Y era extraño, porque la campana se oía tan cerca que el barco tenía que estar a la vista.

—No —dijo por fin—… No veo nada. Pero oigo perfectamente la campana. Es extraño.

—Sí que lo es.

Dang-dang…, dang-dang…, dang-dang, seguía sonando la campana, cada vez más cerca. Pero ni rastro de embarcación alguna. Los dos amigos comenzaban a sentirse molestos, incluso inquietos. Si había una campana había un barco, ¿no? Y si había un barco ellos tenían que verlo, ¿no? Porque un barco no es un ratoncito, que pueda esconderse en cualquier sitio…

—Amos —susurro de pronto Franklin… ¿qué es eso?

Amos Jones también había visto algo, por supuesto y con toda lógica, en el lugar donde se oía la campana. Estaba divisando cada vez con más claridad aquella cosa que flotaba corriente abajo, acercándose a ellos. Parecía una balsa plana, y había en el centro de ella un árbol… No, claro que no era un árbol. Era una cruz.

Una cruz.

Una cruz grande, quizá de unos tres metros de altura en total. Una cruz cuya base estaba clavada en la balsa.

Una cruz grande a la cual había sido clavado un hombre que aparecía completamente desnudo. Un hombre de carnes muy blancas y más bien abundantes. Sus cabellos eran cortos, sus hombros frágiles, las piernas no eran precisamente de atleta, ni sus delgados brazos de animal sedentario.

Incluso se le veía una barriga un tanto voluminosa. La buena vida… Aunque la buena vida, evidentemente, se le había terminado. La cabeza le colgaba sobre el pecho, en el que había grandes manchurrones de sangre. Cada mano estaba clavada a un extremo del palo horizontal de la cruz. Cerca de la base del palo vertical, sus pies habían sido clavados a éste por gruesos clavos, uno

encima de otro…

Amos Jones y Franklin Ashe habían quedado mudos, paralizados además por el estupor. Veían y no creían. ¿O no estaban viendo lo que estaban viendo? ¿Quizás estaban soñando que estaban viendo un hombre crucificado en una balsa que se deslizaba Potomac abajo?

Dang-dang… Dang-dang… Dang-dang…

El primero en reaccionar fue Franklin Ashe.

—Santo Dios —jadeó.

Capítulo primero

El helicóptero apareció hacia las once de la mañana. Para entonces, la balsa estaba absolutamente bajo control. Había sido amarrada a una lancha guardacostas de U. S. Navy, y alrededor de ambas había otras cuatro lanchas, más pequeñas, atestadas de agentes de la CIA. Y esto era lógico, ya que clavado a la cruz que se erguía en el centro de la balsa había sido hallado un papel en el que alguien había escrito, a mano:

PARA BABY DE LA CIA.

Y allá estaba por fin la agente «Baby», de la CIA, llegando en helicóptero al lugar del hallazgo, tras haber sido recogida en el helipuerto del Crystal Building de Nueva York, en la Quinta Avenida, donde la periodista espía tenía su residencia, en un lujoso apartamento del piso veintisiete.

—Puedo acercarme más, si lo desea —ofreció el hombre que pilotaba el helicóptero.

—Sí, por favor —murmuró Brigitte Montfort—… Acérquese todo lo que pueda.

El hombre asintió, bajó más, y se acercó lentamente a la balsa. Desde la anclada lancha guardacostas y las asimismo ancladas pequeñas lanchas, todos observaban en silencio la maniobra de helicóptero, que llegó a acercarse tanto a la balsa que prácticamente desde él se podía haber tocado el cadáver del hombre que todavía permanecía clavado a la cruz.

Brigitte Baby Montfort no tocó el cadáver, pero sí lo estuvo mirando fijamente, con toda atención. Aunque sabía que la CIA siempre ponía a su disposición el mejor material y los mejores hombres, la espía internacional había llegado ya a un punto de su carrera en que había aprendido la mejor de las lecciones: los ojos en

los que más podía confiar eran los suyos propios.

Pero, realmente, la cosa estaba clara e indiscutible: había una balsa con una cruz clavada en su centro en posición vertical. En lo alto de la cruz, había una campana de reducido tamaño, pero suficiente para hacerse oír tan sólo con el balanceo de la marcha de la balsa río abajo. En la cruz, clavado con gruesos tornillos o clavos, un hombre de más de cincuenta años, blanco de carnes, aspecto de oficinista, trágico y patético, ensangrentado. Crucificado.

—¿Han tomado película de todo eso? —preguntó Brigitte.

—Por supuesto. Además, como ya le he dicho, en la balsa había un estuche de vídeo que fue enviado inmediatamente a la Central. La están esperando a usted allá. En cuanto a todo esto —el piloto señaló la zona con la barbilla—, sólo están esperando instrucciones de usted para comenzar la recogida del cadáver y la obtención de fotos y cualquier otro indicio.

Brigitte asintió con un gesto, dirigió otra mirada al hombre crucificado, y murmuró:

—Llévame a la Central. Aquí ya he visto todo lo que quería ver. Que el Equipo Técnico comience inmediatamente su trabajo.

El piloto asintió, pasó las instrucciones por radio, y se alejó de la zona, en dirección a la sede central de la CIA cerca de la localidad de Langley. Apenas quince minutos más tarde, aterrizaba en el verde prado, donde dos atléticos agentes de la CIA recibieron a la espía más peligrosa del mundo.

—Sea bien venida —dijo uno de ellos.

—El jefe nos ha pedido que la acompañemos —dijo el otro.

Brigitte les sonrió levemente, y se aparejó con ellos, caminando hacia el edificio que, según ella, «albergaba los proyectos más sucios del mundo».

Otros cinco minutos más tarde, entraba directamente al despacho de *Mr*. Cavanagh, su viejo y querido amigo que desde hacía muchos años dirigía el Grupo de Acción de la CIA.

—Le ofrecería champán, como siempre —dijo Cavanagh—, pero creo que la ocasión no es adecuada. ¿Café?

Brigitte le besó en ambas mejillas, fue a sentarse en uno de los sillones ubicado frente a la mesa de Cavanagh, y tomó la carpeta que había sobre la enorme mesa y frente a aquel sillón. En la portada de la carpeta había un nombre y una sigla: Norbert Hart-

WA 0199. Es decir, que Norbert Hart era en la CIA el agente número ciento noventa y nueve de los reclutados directamente en la capital de los Estados Unidos. Brigitte era la agente N. Y. 7117, es decir, la agente número siete mil ciento diecisiete de los reclutados en el estado de Nueva York desde que la CIA había iniciado esta serie de nomenclaturas. Y el tal Norbert Hart era el 199 de Washington. ¡Cielos, el ciento noventa y nueve!

—Es decir —murmuró Brigitte—, que era todo un veterano.

—En efecto —la miró Cavanagh—. De los primeros. Aunque estuvo muy poco tiempo en la acción directa.

—¿Por qué motivo?

—Digamos que Hart era… lo opuesto a usted. No era un agente de acción, sino un agente cerebral. Claro, en los inicios de la CIA, cuando no teníamos personal especializado, utilizábamos lo que podíamos, de modo que Hart estuvo un tiempo trabajando en la acción directa, hasta que comenzamos a reclutar personal con aptitudes más concretas. Entonces, Hart pasó al Departamento Logístico. Ya sabe: una especie de consejero para asuntos diversos. Se trataba de aprovechar no sólo su relativa experiencia en la acción, sino su más que demostrada inteligencia. Durante todo este tiempo ha estado ocupando diversos puestos, hasta que hace unos doce años pasó al Departamento de Asesoría Psicológica. Finalmente, hace un par de años, se jubiló. Ha sido siempre un hombre de la CIA; discreto, leal, cumplidor, nada conflictivo, rentable, digno de confianza… Nunca fue nada especial, pero las grandes empresas funcionan bien siempre gracias a que hay hombres como Norbert Hart en los puestos clave.

Brigitte tomó la taza de café, bebió un sorbo, y echó un vistazo al expediente de Norbert Hart-WA 0199, especialmente a las fotografías, algunas amarillas de tan viejas.

Por supuesto, los datos sobre Hart constaban actualmente en «Mamá», es decir, en la computadora general de la CIA, pero todavía se conservaba material de identificación de los viejos tiempos…

Norbert Hart había sido, en lo físico, un hombre de lo más vulgar. Mediana estatura, corpulencia media, cabellos castaños, ojos castaños, facciones corrientes. En lo intelectual había sobrepasado fácilmente la media alta.

Había sido siempre un hombre útil que siempre se había merecido sobradamente su sueldo.

—Pero nunca hizo nada especial —murmuró Brigitte, cerrando el expediente.

—No, nunca —dijo Cavanagh.

—Y un hombre así aparece esta mañana, después de dos años de jubilarse de la CIA, crucificado en una balsa navegando Potomac abajo. Y con una nota indicando que es para Baby, de la CIA. ¿Tal vez estaba haciendo Hart algo especial en estos últimos días?

—Claro que no. Al menos, que nosotros sepamos. Simplemente, se jubiló y dejó de aparecer por aquí y de relacionarse en modo alguno con la CIA.

—Bien. Pero tenemos una cinta de vídeo que estaba en la balsa… ¿La ha proyectado usted ya?

—No. He preferido esperarla a usted. ¿La vemos ahora?

—Sí. ¿Qué hay de esos dos hombres que encontraron la balsa?

—Dos pobres hombres que se llevaron el susto de su vida. Podemos investigarlos al límite, si lo desea, pero en mi opinión sería perder el tiempo. Son dos honrados ciudadanos jubilados, dos buenos amigos que iban a pasar el día pescando.

—Parece que hay bastantes jubilados en esto —casi sonrió Brigitte, mirando con intención a Cavanagh—… ¿Y qué me dice de usted?

—Yo no me jubilaré hasta que ocurra una de estas cosas: a), que la CIA me lo ordene, y b), que se retire usted de esta pejiguera del espionaje.

—O sea, que usted y tío Charlie se han puesto de acuerdo en eso.

—Sí.

—Veamos esa grabación —sonrió la divina espía. La grabación era un horror.

Cavanagh, que la había colocado en el monitor, puso éste en marcha y fue a sentarse junto a Brigitte, que había encendido dos cigarrillos y le tendía uno.

Las imágenes comenzaron enseguida, sin preámbulo alguno: aparecía Norbert Hart, completamente desnudo y con señales de golpes y latigazos en todo el cuerpo. Le sangraba la nariz y la boca. Estaba aterrado, y retrocedía como queriendo escapar de algo. Pero

no podía escapar, porque tras él había una pared que le cerraba el camino. De modo que se detenía allí, con la espalda pegada a la pared, muerto de miedo y ensangrentado. Enseguida aparecían los cuatro hombres. Cuatro sujetos altos, fuertes, cuatro jóvenes atletas de rostros adustos, de expresión cruel. Estaba claro que se divertían con lo que estaba sucediendo. Dos de ellos sujetaron fuertemente a Norbert Hart, y los otros dos le golpearon en el estómago hasta que el pobre hombre perdió el sentido. Entonces lo arrastraron por el suelo, tirando de uno de sus pies. Salieron de aquel cuarto a un pasillo…

—Eso es un yate —murmuró Brigitte.

—Sí, lo parece, desde luego.

Dos de los hercúleos verdugos seguían arrastrando a Hart, con el cual llegaron a la sala. De aquí arrancaba una amplia escalera, que sin duda conducía a la cubierta del yate. Brigitte ya no tenía la menor duda de que era un yate, pues acababa de ver dos portillas a un lado, por las que se divisaba el azul del cielo; entre las dos circulares portillas había un cuadro que representaba una escena… inquietante e impresionante: un volcán en plena erupción terrible, unas enormes olas marinas llegaban a su falda, donde caían enormes pellas de lava hirviente provocando géiseres de sorprendente belleza…

Uno de los sujetos hercúleos agarró a Hart y se lo cargó como si fuese un estuche vacío de chicle, y subió a cubierta, seguido por los otros tres. En la cubierta había unas planchas de madera ensambladas, con un hueco en el centro. Junto a esas planchas que formaban una balsa, había una cruz. Norbert Hart fue tendido sobre esa cruz, y sus brazos separados, de modo que cada mano fue a quedar cerca de cada extremo horizontal de la cruz. Uno de los hombres dijo algo y rio. Uno de sus compañeros desapareció de la escena, pero reapareció enseguida con un cubo lleno de agua que vertió sobre Hart. Éste se agitó, tosió, se sentó en la cubierta, vio la cruz sobre la que había sido tendido, y quedó atónito. De repente miró hacia delante de él, para escuchar algo que le decían. En su maltratado rostro apareció primero una expresión de incredulidad, luego de puro y simple espanto. Reaccionó tratando de ponerse en pie, pero uno de los atletas le aplicó un feroz puntapié en los testículos que lo fulminó. Fue colocado de nuevo sobre la cruz, y

despertado a bofetones. Le mostraron unos cuantos gruesos tornillos, y la expresión de Hart volvió a ser de tremendo terror. Luego, lo sujetaron, sin ninguna dificultad. Un hombre le sujetó las flacas piernas de musculatura poco menos que atrofiada y dos le sujetaron los brazos, uno cada uno. El cuarto sujeto se proveyó de un grueso martillo, colocó la punta de uno de los tornillos en la palma de la mano derecha de Hart, y de un solo golpe atravesó con el tornillo la mano de Hart y la clavó en la cruz parcialmente; tres golpes más terminaron de clavar el tornillo. Hart aullaba enloquecido, pero no se le oía en la película muda que alguien había enviado a Baby de la CIA.

Por suerte para él, Norbert Hart estaba desvanecido cuando fueron clavados sus pies a la cruz y ésta colocada verticalmente y ensamblada en el hueco de la balsa. Ni Cavanagh ni Brigitte habían hecho comentario alguno, nada, ni tan sólo habían suspirado. Nada. Pero ambos estaban demudados.

Habían dejado de ensañarse con Norbert Hart. Ahora, simplemente, y todavía desvanecido, permanecía clavado en la cruz que se sostenía en aquella especie de balsa que ahora servía de plataforma para mantener la cruz en posición vertical. Por el tono de la luz solar Brigitte calculó que debía de ser media tarde. El cielo se veía azul diáfano. Eso era todo.

La película terminó. Y durante unos segundos ni Brigitte ni Cavanagh dijeron nada. Por fin, fue Cavanagh quien murmuró:

—O sea, que estaban en un yate, río Potomac arriba. Lo crucificaron, y esta madrugada, o quizás anoche mismo, bajaron la balsa con la cruz al agua. Así de sencillo. Y claro, el yate ya debe de haber llegado al mar, o quizás está anclado en cualquier encantador puerto deportivo del estuario, no será fácil localizarlo.

—Al yate, no, pero sí a Norbert Hart.

—¿A Norbert Hart? ¿Qué quiere decir?

—Parece evidente que lo mataron anoche y echaron la balsa con la cruz al agua; si la hubieran echado antes, habría sido encontrada antes por alguien que navegase por el Potomac. O sea, lo mataron anoche o esta madrugada en ese yate. Muy bien: ¿cómo llegó Hart a ese yate?

—O sea, que tenemos que reconstruir la vida y todos los movimientos de Hart hasta que encontremos la pista que nos

conduzca a un yate. O a alguien que tenga un yate. O a alguien que tenga un amigo que tenga un yate…

—No nos ofusquemos. Empecemos por el propio Norbert Hart, y lo demás irá viniendo por sí solo. ¿Dónde vivía?

Cavanagh contemplaba pasmado a Brigitte.

—¿Quiere decir que va a encargarse usted personalmente de esa clase de investigación directa? —Mostró su incredulidad.

—¿Por qué no?

—Porque no suele hacerlo. Por tanto, ya había elegido yo un equipo adecuado para esa investigación…

—Hay una cosa que usted está olvidando, querido —dijo fríamente Brigitte—, y es que el cadáver de Norbert Hart me lo han enviado a mí. Es decir, a la agente Baby. Es fácil de entender, ¿verdad?: alguien crucifica y asesina a un hombre que fue un Simón y se lo envía a la agente Baby… ¿Qué se supone que debe hacer la agente Baby como respuesta?

—Cualquier cosa menos lo que esa gente espera que haga la agente Baby —gruñó Cavanagh.

—Precisamente —sonrió la divina—. Estoy segura de que lo que menos puede esperar cualquiera es que la agente Baby emprenda personalmente esa investigación… preliminar.

Capítulo II

Norbert Hart había vivido en un modesto pero confortable apartamento ubicado en el cuarto piso de un edificio anodino en la Calle D, en Washington. Era incluso desesperante; todo en la vida de Norbert Hart, a excepción de su inteligencia, apuntaba hacia detalles y vivencias anodinas, de lo más vulgar y corriente. Ya viendo el edificio desde la calle la dama de blancos cabellos y aparentes setenta años había movido la cabeza con pesar. Ahora, tras entrar en el apartamento de Hart, hizo lo mismo.

—¿Cómo se puede ser inteligente y NO destacar? —se preguntó la dama. Cerró la puerta del apartamento. Luego, guardó en el maletín forrado de raso negro el juego de ganzúas con una de las cuales había abierto la puerta.

Registrar un apartamento no era tarea fácil, si se quería hacer bien de verdad.

Y la cosa se complicaba cuando el apartamento pertenecía a un espía, o a un ex espía, da lo mismo. ¡Qué gran cantidad de trucos se le pueden ocurrir a un profesional del espionaje!

La anciana dama se quitó les gafas de cristales redondos. Si quería ver bien lo que hacía debía prescindir de aquella pequeña parte del disfraz, pues si había algo que no necesitaba para ver bien era precisamente aquellas gafas. Pensó también en quitarse la peluca, y hasta el vestido de arcaico modelo venerable, pues estaba segura de que tendría que pasar muchas horas allí dentro buscando en todos los lugares imaginables, y siempre era mejor ponerse cómoda…

La llamada a la puerta del apartamento la dejó verdaderamente atónita.

¿Quizá Cavanagh no había respetado su deseo de hacer aquello ella sola, y le había enviado algún muchacho de la CIA experto en aquella clase de trabajos? No. No, no, no, Cavanagh la conocía

demasiado bien para hacer una cosa así, de modo que quien llamaba a la puerta no era nadie de la CIA.

Por tanto, la anciana dama metió la mano bajo sus abundantes ropas, y retiró de entre ellas la pequeña pistola de cachas de madreperla, que deslizó en un disimulado bolsillo de la falda, al alcance fácil de su mano derecha. Dejó el maletín en el suelo, a un lado de la puerta, y abrió ésta, tras volver a ponerse las gafas.

Ante ella, una muchacha joven, que sonreía simpáticamente, pero que cambió enseguida la sonrisa por un gesto de desconcierto y decepción.

—Oh, perdone… Creí…

—¿Busca usted a Norbert? —inquirió amablemente la anciana.

—Sí. Bueno, hemos oído la puerta, y creíamos que era él… ¿Quién es usted?

—¿Y usted? —preguntó a su vez la anciana, sonriendo encantadoramente.

—¿Norbert no está? —Quiso mirar la muchacha hacia el interior del apartamento, y mirando luego con desconfianza a la anciana.

—No lo sé, porque acabo de llegar. Y si no ha salido ya a mi encuentro es que no está, evidentemente. Y me sorprende, pues le envié un telegrama anunciándole mi llegada. Soy su tía Kate.

—Ah… ¡Oh! Bu-bueno, lo… lo siento…

—Vamos, querida, no diga tonterías. Y pase de una vez. Entiendo perfectamente que es usted amiga de Norbert, además de vecina. ¿Me equivoco?

—No señora. Mi tía Agnes y yo vivimos en el apartamento de al lado, y vemos con frecuencia a Norbert. Bueno, quiero decir… Sí, él y yo nos veíamos bastante últimamente. Y de pronto, hace cuatro días, él desaparece sin decir nada. Estábamos muy preocupadas.

—¿Por qué motivo?

—Se nos ocurrió que él podía haber tenido un accidente.

—Ah, sí, estas cosas ocurren en la vida, lamentablemente. ¿Cuatro días, dice usted…? Entonces, con seguridad que Norbert no ha recibido mi telegrama, y claro está, en ese caso no tenía por qué esperarme. Menos mal que hace tiempo me dio una llave del apartamento… ¿Dice que usted y él se veían bastante últimamente?

—Sí… Sí señora.

—Caramba —sonrió la anciana Kate—… Francamente, querida,

no sé qué pensar al respecto. ¿Cómo se llama usted?

—Alice —replico la muchacha, evidentemente turbada.

—No recuerdo que Norbert me hablara nunca de usted.

—Pues… Bueno… Se… se olvidaría. Bueno, en realidad… Quiero decir que… quizá pensó que no tenía por qué mencionarme.

La anciana Kate miraba con amable fijeza a la muchacha. De pronto sonrió, y señaló hacia el interior del apartamento.

—Echemos un vistazo. Sería de lo más grotesco que nosotras estuviésemos aquí charlando y el pobre Norbert estuviera muerto de un infarto en cualquier rincón del apartamento. No me tome por agorera, pero estas cosas pueden ocurrir.

—Sí. Realmente, todos estamos expuestos a toda clase de accidentes, es verdad.

La anciana asintió, enfiló el pasillo que arrancaba desde el pequeño recibidor, y alcanzó enseguida la entrada a la salita. Se quedó atónita contemplando aquel tremendo desbarajuste. A la luz del sol de la tarde, que parecía adherirse a los cristales de las dos ventanas que había frente a la puerta, el espectáculo era incluso molesto: el sofá reventado a cuchilladas, lo mismo que los sillones, los cuadros arrancados de las paredes y tirados por el suelo, los libros esparcidos por todos lados, los muebles abiertos, la alfombra vuelta al revés… El caos.

—Qué cosa más increíble —exclamo la anciana, volviéndose hacia la muchacha, que había quedado tras ella.

Respingó fuertemente al ver ante sus ojos la aguda, afilada y reluciente hoja de la navaja que empuñaba la encantadora Alice. Acto seguido, desorbitados los ojos, miró a la muchacha, que le sonrió con sarcasmo.

—No se le ocurra hacer ninguna tontería, abuelita —recomendó con cierta amabilidad.

Kate asintió con la cabeza, tragó saliva, y pareció que quería decir algo pero sin lograr articular palabra.

—No se asuste —dijo Alice—. Si se porta sensatamente y me ayuda le aseguro que no va a ocurrirle nada malo. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, sí. ¿Qué… qué tengo que… que hacer, a qué tengo que ayudarla?

—Usted incluso tiene llave de este apartamento, lo cual significa que en efecto viene aquí a menudo, incluso en ausencia de su

sobrino en ocasiones. ¿Correcto?

—Sí… Oh, pero casi siempre está Norbert. Es mi único sobrino, y yo soy su única familia, y… Pe-pero… ¿quién es usted, qué es lo que está pasando? ¿Dónde está Norbert?

—Sin la menor duda, usted conoce a su sobrino mejor que yo, así que piense: ¿dónde escondería su sobrino una cosa que no quisiera que nadie encontrase?

—¿Qué cosa?

—Una fotografía.

—Pues no sé…

—Abuelita —Alice colocó la punta de la navaja en la garganta de Kate—, yo estoy aquí porque tengo que recuperar una fotografía que tenía su querido Norbert, y si usted no me ayuda la voy a degollar. Ya no podemos perder más tiempo en este lugar, ni se nos ocurre qué más registrar y de qué manera. De modo que piense: ¿dónde escondería su sobrino una fotografía?

—¿Cómo de grande?

—Tamaño corriente, de diez por diez centímetros, a color, obtenida con una cámara Polaroid. ¿Comprende?

—Sí. ¿Es usted una espía?

—¿Por qué pregunta eso?

—Bueno, como Norbert había trabajado en… en la… Bueno…

—¿En la CIA? —Alice rio burlonamente—. No sea ridícula, eso no es ningún secreto importante.

—¿Usted también trabaja en la CIA?

—Tal vez.

—¿Pero realmente vive en el apartamento de al lado con su tía?

—Oiga, ¿quiere dejar de hacer preguntas y darme una respuesta a la que le he hecho yo sobre la fotografía?

—¿Qué hay en la foto?

—Pero… ¿qué le pasa a usted? —Se irritó Alice—. ¿Qué pretende? ¿Que le corte el cuello, so cretina?

—Cielos, claro que no. Venga, se me ocurre un sitio donde quizá Norbert ha escondido la fotografía que usted busca…

Mientras terminaba de hablar la anciana giró, como dispuesta a seguir por el pasillo hacia el fondo del apartamento. Pero lo que hizo fue dar un solo paso, y volver a girar hacia Alice, a una velocidad y con una actitud muy diferentes a las utilizadas hasta

entonces. Alice, que había bajado confiadamente la mano armada con la navaja, abrió mucho los ojos y la boca con un gesto de sorpresa.

Y eso fue todo lo que pudo hacer.

La anciana Kate le asestó en pleno pecho, sobre el corazón, un golpe tremendo de karate, un tsuki, o directo. Los ojos de Kate no sólo se abrieron más, sino que parecieron quedar como congelados, como vitrificados, y la muchacha, simplemente, se desplomó hacia atrás como muerta. Kate evitó el fuerte golpe contra el suelo sujetándola por las ropas. Luego, ya depositada Alice en el suelo, Kate procedió a palpar rápidamente su cuerpo en busca de más armas, pero no había ninguna.

Sin ningún miramiento, Kate agarró a Alice por los cabellos, y la arrastró hasta encontrar el cuarto de baño, dentro de cuya bañera metió a la muchacha. Descolgó la ducha-teléfono, apuntó a la cara de la desvanecida, y abrió el grifo.

Por un instante, pareció que Alice no fuese a reaccionar, pero de pronto respingó, farfulló palabrotas, comenzó a manotear al mismo tiempo que pretendía sentarse bien…

Terminó por conseguirlo, tosió un poco más…, y se quedó mirando estupefacta a la anciana, que la contemplaba inexpresivamente, sentada en el borde de la bañera.

—Puedo ahogarte en la bañera —dijo Kate—, estrangularte con mis manos, degollarte con tu navaja o sacarte los ojos, o hacerte pedacitos tan pequeños que podrían desaparecer por el desagüe. Incluso, podría crucificarte y dejarte navegando Potomac abajo… ¿Comprendes?

—¿Quién en usted? —jadeó Alice.

—La persona a la que enviasteis el cadáver del espía crucificado. Porque tú sabes que Norbert Hart fue asesinado y crucificado, ¿verdad? Aunque me parece que estaría más exactamente dicho crucificado y asesinado. ¿Sabes ya quién soy?

—Baby, de la CIA.

—Premio —sonrió gélidamente la anciana—. ¿Me estabas esperando?

—Sí, pero… creíamos que era más joven.

Baby entornó los párpados.

¿Realmente aquella jovencita era tan rematadamente estúpida?

¿No se percataba de que ella iba disfrazada? ¿Se había creído todo el cuento de la tía Kate visitando al sobrino Norbert?

—Aclárame una cosa, palomita —dijo irónicamente Baby—: ¿de dónde has salido tú? ¿Para qué clase de gente trabajas y qué «entrenamiento» has recibido? Porque te diré una cosa, encanto: para esperarme a mí con pretensiones de cazarme en una trampa hay que estar loco y tener la certeza de poseer todos los triunfos de la jugada. Está claro que tú no tenías todos los triunfos. Entonces… ¿estás loca?

En el mismo instante en que terminaba de hablar, es decir, en que dejó de oír su propia voz, Baby percibió tras ella algo que solamente un oído privilegiado como el suyo podía percibir: un resuello humano, esa simple respiración mal contenida de quien llega sigilosamente; y al mismo tiempo captaba el leve cambio de expresión en los ojos de Alice…

Sin el menor titubeo se desplazó velozmente sobre el borde de la bañera, girando y alzando la mano en la que sostenía la navaja de Alice. El hombre que había en la puerta del cuarto de baño lanzó una exclamación, pero ya estaba disparando.

Plop, chascó el disparo efectuado con silenciador.

La navaja silbó en el aire y se hundió con escalofriante impacto de carne rasgada en la garganta del hombre, que soltó inmediatamente la pistola, emitiendo un bramido ahogado y llevándose las manos al cuello. Para entonces, las salpicaduras de sangre brotadas de la cabeza de Alice habían alcanzado a Baby, que terminó de ponerse en pie de un salto, sacando la pistolita del bolsillo de la falda.

No la necesitaba.

El hombre, que iba descalzo, había dejado caer los brazos, sus ojos habían quedado quietos, su rostro retorcido en una mueca, y caía de espaldas. Dentro de la bañera, Alice estaba muerta, con la frente mostrando un feo boquete sanguinolento, el rostro desencajado, y sus bonitos ojos de jovencita encantadora tan bizcos que casi desaparecían ambos en la órbita bajo la nariz.

Se oyó el impacto del cuerpo del hombre contra el suelo, fuera del cuarto de baño.

¿Quizás había más gente?

Por supuesto preparada para afrontar cualquier agresión, la

anciana salió del cuarto de baño. Tardó muy poco en convencerse de que no había nadie más en el apartamento, junto a la puerta del cual encontró los zapatos del desconocido que había acudido en ayuda de Alice…, si es que se llamaba realmente Alice, cosa que cabía dudar.

Unos pocos segundos bastaron a la agente Baby para comprobar que todo el apartamento de Norbert Hart estaba tan revuelto como la salita.

Y todo, para encontrar una fotografía.

¿O era mentira también esto?

—«En cualquier caso —reflexionó Brigitte—, ahora hay aquí demasiado trabajo para una sola persona. Y estoy segura de que mis Simones estarán encantados de colaborar conmigo».

De modo que, simplemente, recurrió a la pequeña radio de bolsillo para ponerse en contacto directo con *Mr*. Cavanagh aprovechando que la distancia hasta la Central en Langley no sobrepasaba el alcance del pequeño artefacto.

Tras comunicar a Cavanagh cómo estaban las cosas, simplemente salió del apartamento de Norbert Hart y fue al contiguo, cuya puerta encontró entornada. La empujó, entró cautelosamente, pistola en mano, pero pronto se convenció de que allí no había nada que temer, al encontrar en la salita, atada y amordazada, a la aterrada ocupante del apartamento, que yacía tirada sobre la alfombra.

La anciana Kate se acercó a la mujer, la alzó para dejarla sentada en uno de los sillones, y le sonrió amablemente.

—No se preocupe, ya todo ha pasado, está usted a salvo. Ahora le quitaré la mordaza… si me promete no gritar. ¿Cuento con ello, señora?

* * *

Eran casi las nueve de la noche cuando uno de los agentes de la CIA que había acudido a colaborar en el minucioso registro del apartamento de Norbert Hart encontró la fotografía, que inmediatamente fue a poner en manos de Baby, todavía con su indumentaria de anciana desvalida.

—¿Dónde estaba? —preguntó Brigitte.

—Entre las páginas ciento doce y ciento trece de este libro, que es uno de los que estaban tirados por el suelo.

Baby tomó el libro, y frunció el ceño al ver que era una biografía de Adolf Hitler. Luego, miró la fotografía. Estaba tomada en un muelle deportivo, bastaba ver como fondo los cascos difusos y los mástiles de algunos yates. Más en primer plano, perfectamente visible y casi de cara en la fotografía, es decir, como si viniese de uno de aquellos yates, había un hombre de unos cuarenta años, vestido deportivamente, con cierto descuido elegante. En la mano derecha sostenía un cigarrillo; en la izquierda llevaba una bolsa deportiva.

—¿Y la Polaroid? —inquirió Baby.

—Sí, la tenemos.

—Quiero saber cuándo, dónde y a quién la compró Hart. Y naturalmente, que amplíen la cara de este hombre y lo busquen, como a los que aparecen en el vídeo que encontramos en la balsa. Sería muy interesante localizar este puerto deportivo, con tantos yates… Tiene que ser un lugar… muy cosmopolita; quiero decir que no se trata de un pequeño club privado, sino de un puerto de importancia, internacional, diría yo. Quiero trabajando en esto a todo el personal disponible, pero sin hacernos ver. Todos los datos que se vayan reuniendo me los irá traspasando nuestro jefe.

—*Okay.*

—Pero no dejen el apartamento todavía —dijo Cavanagh, que estaba con Brigitte en el apartamento vecino al de Norbert Hart—: sigan buscando.

—Sí señor.

El agente salió, y Baby miró de nuevo a la atribulada mujer vecina de Norbert Hart.

—En resumidas cuentas: usted no había notado nada extraño hasta esta mañana, en que aparecieron aquí la muchacha y el hombre, entraron en su apartamento, la amenazaron y ataron, y se quedaron a la espera. ¿Nunca antes los había visto, ni a él ni a ella?

—No, nunca.

—¿Qué tal eran las relaciones de usted con el señor Hart?

—¿Qué quiere decir? —Enrojeció la mujer.

La anciana Kate le sonrió amablemente. La vecina de Hart tenía algo más de cincuenta años, había manifestado vivir sola, y, justo

en aquel momento, Brigitte comprendió que quizás en alguna ocasión había habido alguna relación entre una mujer madura y sola y un hombre tan correcto, amable y solitario como Norbert Hart. Se imaginó a Hart y a su madurita vecina pasando juntos una velada: velas encarnadas, champán, música de Beethoven, o mejor todavía de Mozart, una conversación sosegada y culta, agradable…, y posiblemente un adecuado, estimulante, gratificante final en el lecho, sin prisas, sin atolondramientos, con calma y sabiduría por ambas partes.

—No he querido decir nada. Olvídelo, señora. En realidad, sólo me preocupa una cosa: su seguridad. Aunque anteriormente usted no hubiera tenido nada que ver con Norbert Hart, ahora está involucrada en un asunto que todavía no tenemos muy claro. Quiero decir que creemos que algunas personas han enviado a la muchacha y al hombre que estuvieron aquí, y esas personas podrían pensar que usted, que ha pasado muchas horas con ellos, se ha enterado de algo oyéndolos hablar. ¿Me comprende?

—No muy bien, la verdad.

—Usted podría haberles escuchado en una conversación que ahora no parece tener importancia, pero que en un determinado momento, al recordarla, podría adquirir significado para usted, y naturalmente esas personas temen que nos pasara esa información, ese recuerdo.

—¿Quiere usted decir… que querrán matarme?

—Lo mejor será llevarla a un lugar donde esté usted fuera de circulación hasta que hayamos resuelto este asunto. Por supuesto, si recordase alguna cosa deberá avisar a los dos hombres que dejaremos con usted para que nada pueda ocurrirle.

—O sea, que querrán matarme —gimió la mujer.

—¿Sabía usted que Hart estuvo trabajando para la CIA hasta hace un par de años?

—No. Ni se me ocurrió imaginarlo.

—Esa discreción era muy propia de él —dijo Cavanagh.

—En esta ocasión habría sido mejor para nosotros que Hart hubiera sido un poco más comunicativo. De ese modo, quizás en algún momento habría comentado algo con la señora Dewey. ¿Seguro que no fue así, señora?

—Seguro. Nos veíamos de cuando en cuando…, quiero decir que

nos reuníamos para… para charlar un rato, escuchar música. Dios mío, jamás dijo absolutamente nada que me hiciera sospechar que era un espía.

La anciana Kate se quedó mirando amablemente a Ophelia Dewey, sin más comentarios. Quién sabe la de ilusiones otoñales que se habían frustrado con la muerte de Norbert Hart. Incluso por parte de éste mismo, naturalmente, que quizás, a sus sesenta y dos años, había vislumbrado la nada descabellada posibilidad de conseguir todavía algún tiempo de serena felicidad antes de abandonar este valle de lágrimas.

—Nos ocuparemos de que esté usted a salvo de todo hasta que esto termine —dijo Baby, poniéndose en pie—. Gracias por todo, señora Dewey.

Capítulo III

Cuando la CIA decide investigarlo a uno lo mejor que se puede hacer es desear no haber cometido en la vida muchos pecados, porque todos salen a relucir. Y así, hacia las diez de la mañana del día siguiente, la agente Baby, instalada en uno de los despachos privados de la Central, había reunido ya la siguiente información:

La joven que había pretendido matarla en el apartamento de Hart se llamaba realmente Alice. Alice May Rawlings, de veintiséis años, ex prostituta, chantajista cerca de un par de políticos de medio pelo, y supuesta colaboradora de delitos de sangre de una banda que se había otorgado a sí misma el nombre de «Hot Blood[1]».

EL hombre que había acudido en ayuda de ella era Nelson Travers, ex presidiario y proxeneta en la actualidad. Había estado en la cárcel por «homicidio involuntario» de una mujer, y al salir había tenido trifulcas diversas que sólo de milagro no le habían llevado de nuevo a la cárcel.

—Esto es una estupidez —dijo Baby.

—Sí —la comprendió enseguida Cavanagh—: no son la clase de gente con categoría suficiente para intervenir en un asunto que ha originado la crucifixión de un ex empleado de la CIA.

—¿Y qué más tenemos?

—Han sido identificados, por el momento, dos de los sujetos que aparecen en la grabación de vídeo maltratando a Hart. Uno de ellos es norteamericano, se llama Jefferson Craig, y fue boxeador y luego matón de alquiler. Incluso ha trabajado en telefilmes como especialista en acciones violentas. El otro es un cubano llamado Lorenzo Covarrubias que está en Estados Unidos desde los cinco años; ahora tiene treinta y dos. Es un presunto criminal de una joven con la que tenía relaciones en Miami. Desapareció tras la muerte de la muchacha, y hasta ahora no se había vuelto a saber de

él.

—Esto debe de ser una broma —se irritó Brigitte—… ¿Qué zambombas pinta una gente como ésa en un asunto de espionaje?

—Quizá no sea un asunto de espionaje, quizás Hart se metió en algún tonto asunto sin darse cuenta.

—¿Un tonto asunto que le cuesta la vida y que lo envíen crucificado a la agente Baby de la CIA?

Cavanagh torció el gesto, y no tuvo más que decir.

Hacia las once y media llegaron informes que encajaban mucho mejor con el rompecabezas: el hombre de la fotografía encontrada dentro de un libro en el apartamento de Norbert Hart se llamaba Meredith Cranston, y había sido agente del servicio secreto británico.

—Esto ya me convence más —dijo Brigitte—. Hagamos una llamada a nuestros primos de Londres a ver qué nos dicen de Cranston. Si el MI6 se muestra remiso a facilitarnos esa información llamaré personalmente a John Pearson[2].

Pero el MI6 no se mostró remiso a colaborar con sus «primos» americanos. Efectivamente, Meredith Cranston había sido un buen agente del servicio secreto británico, pero hacía dos años había dimitido, alegando cansancio profesional y tener una oferta de trabajo tranquilo y muy bien pagado en el sector de la electrónica en una empresa privada.

—Cansancio profesional —murmuró Brigitte—… Sí, puede ser. ¿Qué es lo último que se sabe de nuestro ex colega Cranston?

—Está en Nassau, en las Bahamas.

—¿En Nassau? —Exclamó Brigitte—. Un momento. El puerto deportivo que se ve en la fotografía…

—Ya lo hemos comprobado, claro está —sonrió Cavanagh—, y efectivamente, ha sido identificado: es Nassau. Concretamente, el puerto de yates anexo al muelle Prince George. Y ni se moleste en decirlo, Brigitte: nuestros muchachos ya están rastreando a Cranston por toda Nassau. Lo que me permite suponer que cuando usted llegue allá es muy posible que lo hayan localizado y se lo sirvan en bandeja.

—Zambomba, qué bien.

—¿Qué quiere decir? —Frunció el ceño Cavanagh.

—Que me gustarla llegar esta misma tarde a Nassau. ¿Puede

prepararme el viaje cuanto antes?

—Claro —gruñó Cavanagh—. Y cuando llegue, en efecto, la estarán esperando. Pero… quizá sería mejor que no se diese tanta prisa.

—¿Y eso por qué?

—Porque he comprendido perfectamente que usted se huele algo poco convincente en esto, y cuando a usted le huele mal una cosa es que está muy podrida. O poco podrida, es igual…, pero seguro que algo está mal.

—No se preocupe por eso —rio cariñosamente Brigitte—: tomaremos las medidas adecuadas para que el juego lo juguemos a mi manera, no a la de nuestro ex colega Meredith Cranston.

* * *

Meredith Cranston estaba tomando una copa en el Tabarin Club, cerca del edificio donde tenía alquilado un pequeño apartamento desde que había llegado a Nassau, cuando se le acercó uno de los camareros y le entregó un pequeño paquete, apenas más grande que un cajetilla de cigarrillos.

—¿Y esto? —inquirió Cranston.

—Acaba de entregarlo un muchacho negro en el mostrador, para que se lo entregase a usted. Se ha marchado a toda prisa.

—Gracias.

El camarero se alejó, y Cranston se quedó contemplando el paquete. Era alto, fuerte, pelirrojo y pecoso, además de ex espía e inteligente. Sabía muy bien que cuando se juega el juego del espionaje la vida está en la ruleta. Y él estaba jugando el juego. Pero… ¿le iba a enviar alguien una pequeña bomba mientras estaba tomándose un trago a la espera de acontecimientos? Claro que no.

De modo que abrió el paquete, sin temor alguno. Y tenía razón, no era una bomba lo que contenía el paquete, sino una cajetilla de cigarrillos rubios norteamericanos. Un paquete que, además, estaba ya empezado… Una seca sonrisa pasó fugaz por los delgados labios de Cranston. Se puso en pie, fue a dejar un billete sobre el mostrador, y salió del Tabarin. Con un gesto muy discreto, alzó uno de los cigarrillos, se acercó el paquete a la boca, y preguntó:

—¿Con quién hablo?

—Con Baby. Vaya a su coche, suba, y conduzca hacia fuera de la ciudad.

—¿Y si me niego?

—Pruebe a ver qué pasa.

—Está bien. ¿Tengo que ir en alguna dirección en especial?

—Sí. Conduzca por la costa en dirección a Sea Gardens. Vuelva a llamarme cuando esté ya en la carretera.

Cranston cortó la comunicación, y se dirigió hacia donde había dejado el coche alquilado. La conversación había sido llevada a cabo tan rápida y discretamente que nadie había reparado de modo especial en él… Pero, en la acera del otro lado de Main Street, dos hombres que le habían estado mirando fijamente desde que saliera del Tabarin Club comenzaron también a caminar, en la misma dirección que Cranston. Éste les dirigió una breve mirada, y con la cabeza hizo un discretísimo gesto afirmativo. O sea, que los dos hombres sabían ya que debían seguirlo, porque había llegado el momento en el que posiblemente se iba a producir el contacto con Baby.

Cuando entró en su coche, Meredith Cranston no estaba nada tranquilo. Desde siempre había oído el nombre de Baby referido al más alto espionaje mundial. Nadie había conseguido vencerla jamás. ¿Y ahora lo iba a conseguir él, con una trampa simple y dos matarifes que le seguirían en otro coche fuese adonde fuese…?

Por un instante, en la mente de Cranston hubo un destello de lucidez, de sentido común, que le hizo comprender la conveniencia de dejar correr el asunto. Pero recordó que ya estaba en el juego, y que Baby lo sabía y que estaba tras él. Sintió un escalofrío, pero decidió seguir con la jugada. Partió con su coche. Al poco, divisó siguiéndole el de sus dos colaboradores. Bien. ¿Y por qué no? Las cosas ocurren, tarde o temprano, y la agente Baby un día u otro tenía que perder una partida, esto era de pura lógica.

Todavía conduciendo dentro de la ciudad, llamó de nuevo por la pequeña radio.

—Hablemos —dijo—. ¿Qué quiere usted de mí concretamente?

—Hablemos. ¿Ha tenido usted algo que ver con el asesinato de Norbert Hart?

—No.

—¿No? Él tenía una fotografía de usted en su apartamento. Y

dos asesinos de baja estofa fueron a por ella. Revolvieron todo el apartamento de Hart, y como no encontraron la foto se apostaron en el apartamento de una vecina de Hart, a la espera de acontecimientos.

—Y usted los cazó.

—Están muertos, y tengo la foto de usted. Londres nos ha pasado un informe sobre usted, y mis Simones le han encontrado con facilidad. Con demasiada facilidad. Todo demasiado fácil, señor Cranston.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que nada de esto tiene sentido, y que considero insultante el modo en que están llevando este asunto. Veamos: ¿conocía usted a Norbert Hart?

—Claro. Fui yo quien sugirió que él fuese contratado como asesor psicológico de la operación.

—¿Qué operación?

—La verdad es que lo ignoro. Me pidieron que buscase un hombre de la CIA cuya ausencia no fuera notada y que poseyera abundante información internacional sobre personal de la CIA y comportamiento del mismo fuera de Estados Unidos. Yo había conocido a Hart hace unos cinco años, lo recordé, me interesé por él y supe que estaba jubilado, pero en plena forma mental y física. Me pareció el hombre ideal para que nadie le echase de menos. Entonces, lo recomendé.

—Hasta aquí tiene sentido. ¿Qué pasó luego?

—Me ordenaren que lo citase en Nassau, ofreciéndole una buena suma de dinero. Así lo hice. Él vino a Nassau, y yo le expliqué lo que podía y sabía del asunto: él debía participar como asesor psicológico y logístico en una operación en Latinoamérica. A cambio de eso, recibiría cien mil dólares a su comodidad: oro, billetes, cheques, y donde él quisiera y como quisiera. Me preguntó qué operación era ésa, y le dije lo mismo que a usted, que no lo sabía. Él me dijo que quería pensarlo durante la noche, y se alojó en el Alberta Hotel. Quedamos en vernos por la mañana, a las diez. Él apareció a esa hora, me dijo que estaba de acuerdo, y preguntó qué tenía que hacer. Le dije que debía volver a su domicilio, y que ya se le avisaría. Nos despedimos, él se fue a Oakes Field a tomar el avión de regreso, y eso es todo. No lo he vuelto a ver.

—¿Usted no se dio cuenta de que él le fotografiaba?

—Claro que sí —gruñó Cranston—. El muy cretino se presentó con una Polaroid de revelado instantáneo, nada menos. Si hubiera utilizado una microcámara posiblemente no me habría dado cuenta, pero utilizó esa enorme Polaroid, simulando tomar una fotografía del puerto… Naturalmente, cuando informé a mis jefes que Hart había aceptado les dije que me había tomado una fotografía, y ellos dijeron que se encargarían del asunto.

La respuesta de Baby se demoró esta, vez, y Cranston, que estaba llegando ya al límite de la ciudad, comprendió que la espía norteamericana estaba reflexionando. Miró por el retrovisor y vio las luces del coche de sus compinches… La pregunta era: ¿dónde estaba Baby, desde dónde le estaba hablando? Porque a él no le interesaba esto, sino un contacto directo, personal… Si conseguía esto, y la mataba, cobraría un millón de dólares. Si no conseguía matarla, y era ella quien le cazaba a él, tenía en su hotel una información que sin duda Baby aceptaría a cambio de dejarlo vivir…

—Bueno, esto tiene más sentido —dijo de pronto Baby—. Al parecer, Hart regresó a su apartamento, escondió la fotografía de usted, y esperó la llamada. ¿Qué más?

—Ya le digo que yo no sé nada más. Me dijeron que debía permanecer aquí a la espera de las siguientes instrucciones, esperando el yate.

—Ah, el yate… ¿Cuál es su nombre?

—¿El del yate? Lo ignoro. Alguien vendría a buscarme al hotel cuando el yate llegara a Nassau, o me avisarían por teléfono, eso es todo.

—No sabe usted muchas cosas, Cranston.

—No soy adivino. Sé lo que veo o lo que me dicen.

—Claro. Bien, entonces Hart regresó a Washington, le llamaron, y él aceptó reunirse con esa gente en el yate en cuestión. Pero en lugar de darle cien mil dólares lo mataron. ¿Sabe usted por qué?

—Lo único que se me ocurre es que quizá no les gustó que me hubiera tomado una fotografía. O quizás él rechazó la oferta, y sumando su negativa a mi fotografía pensaron que quizás Hart pretendía delatarlos, o complicarles la vida de alguna manera.

—Esto también tiene sentido —admitió Baby—. Pero… ¿por qué

lo crucificaron?

—¿Qué? —Respingó Cranston.

—¿No sabía esto?

—¡Claro que no!

—¿Ni sabe nada más? ¿Sólo lo que pasó entre usted y Hart?

—¡Ya le he dicho todo lo que sé!

—Pues muchas gracias. Y llegamos así a la conclusión de que ya no le necesitamos para nada, ¿no le parece?

—¿Y eso qué significa? —exclamó Cranston.

—Significa que va a morir.

—¿Me va a matar por eso? —Jadeó Cranston—. Escuche, esto no me parece propio de usted, yo no he hecho más que hacer una oferta a un hombre que ya se había retirado. ¿Va a matarme por eso?

—Voy a matarle porque usted tiene planeado matarme a mí… Usted y los dos hombres que le siguen en otro coche tienen órdenes de matarme, y no voy a ser tan estúpida de dejar vivos a tres asesinos bien entrenados.

—Está bien —dijo furiosamente Cranston—, pero para matarme tendrá que acercarse a mí… ¡Y ya veremos quién mata a quién!

—Realmente, estoy tratando con desgraciados —rio la espía americana—… Eche una mirada por el retrovisor, Cranston.

Éste lo hizo, y, en aquel mismo instante, el coche ocupado por sus dos compinches estalló envuelto en roja llamarada que pareció incendiar la noche.

Como una bola de fuego, el coche fue a estrellarse contra uno de los árboles que flanqueaban la carretera algo más alejados del arcén.

Meredith Cranston lanzó una exclamación, y frenó en seco su vehículo, al mismo tiempo que lo hacía otro automóvil que llegaba en dirección a Nassau.

—No se detenga —oyó la voz de Baby—. Siga circulando en la misma dirección. Si vuelve a detener el coche también usted morirá de ese modo, pues hemos colocado otra carga en su coche.

—Espere un momento —jadeó Cranston, lívido—… ¡Puedo ofrecerle algo que le interesará!

—Lo dudo, puesto que no sabe nada de nada.

—¡Sí sé algo! Sé que quienes están preparando esta operación

son tres hombres que desconozco completamente, pero de dos de los cuales conseguí huellas dactilares. ¡Y sé el nombre del yate!

—Eso sí que es saber cosas, señor Cranston. ¿Cuál es el nombre del yate?

—Lo tengo anotado en un papel y éste dentro de un sobre que contiene también esas huellas dactilares. Tengo escondido el sobre.

—¿Cómo consiguió las huellas?

—Las obtuve de un portafolios que ellos me entregaron con dinero.

—Muy interesante. Y muy hábil, señor Cranston. Bien, dígame de momento el nombre del yate y ya pasaremos en su momento a recoger el sobre que contiene las huellas de esos personajes.

—No le daré ese sobre hasta tener la certeza absoluta de que no va a matarme.

—Tiene mi palabra. No se merece el perdón, pero usted es una pieza poco interesante en comparación a las que puedo cazar gracias a su información. Se nota que es usted del oficio, es muy previsor.

—Quiero salir de este coche —exigió Cranston—… ¡No quiero continuar en él ni un minuto más!

—No se ponga nervioso: usted sabe que la carga no va a explotar si yo no pulso la orden por radio al detonador. Tranquilícese. Siga todavía un par de millas más, y cuando vea que otro coche que aparecerá detrás del suyo le hace señales con las luces, deténgase y apéese. Señor Cranston: si usted comete alguna tontería es hombre muerto, ¿está esto bien claro?

—Sí.

—Muy bien.

La comunicación fue cortada. Cranston continuó circulando, siempre bordeando el mar. Ni por un momento se distrajo pensando qué había sido de sus compinches y qué complicaciones podían ocasionar su muerte y el incendio del coche. Seguramente, el fuego ya debía de haber sido sofocado con los extintores de los automóviles que se habían ido deteniendo en el lugar del «accidente». Y en cuanto a la explosión y los dos cadáveres, de sobra sabía Cranston que el MI6 ayudaría a sus primos de la CIA en lo que fuese, desde facilitar información a tapar cualquier porquería o resolver cualquier problema…

Por detrás de él le llegaron las luces de otro automóvil, y en el acto Cranston redujo la marcha, sacó el coche al arcén, frenó, y se apeó. Sentía un tremendo vacío en el estómago sólo de pensar que iba a conocer a Baby. Hacía años y años que sabía de su existencia, y ahora, cuando ya no estaba en el espionaje, la iba a conocer… y a matar, si la ocasión se presentaba bien. Se trataba de un millón de dólares, que ni siquiera tendría que compartir con los dos compinches que ya habían pasado a peor vida. Un millón de dólares para él solo si mataba a Baby.

El coche llegó ante él y se detuvo. Al volante, Cranston distinguió la forma femenina. Oyó su voz:

—Suba, Cranston.

Éste fue a sentarse junto a Baby. En la semi oscuridad, vio una muchacha rubia, simplemente. En el asiento de atrás no había nadie. Ella iba sola, eso era todo, y tenía las manos sobre el volante. Era muy fácil: sólo tenía que dejar caer en su mano la navaja que tenía escondida en la manga, y degollar a la muchacha rubia. Podía hacer esto en un segundo.

De repente, ella volvió el rostro completamente hacia él, y Cranston pudo ver las formas de sus facciones, la grandiosidad de sus ojos que parecían de terciopelo negro con estrías de luz estelar.

—Si usted tan sólo se atreve a atacarme mis Simones le cazarán vivo, y le aseguro que le harán lamentar haber nacido. ¿Me comprende bien, señor Cranston?

—Pero la puedo matar.

—Tener valor no significa ser idiota, señor Cranston —sonrió la rubia—. De modo que tome su decisión: o nos ponemos de acuerdo a cambio de su vida, o pasamos a la acción. Yo no tengo tiempo que perder, se lo aseguro.

—Está bien —se derrotó Cranston—… Tengo una navaja en la manga, con la que podría haberla matado, pero no la voy a atacar. Voy a deslizar la navaja en mi mano, pero será para entregársela, así que no se ponga nerviosa.

La rubia, simplemente, soltó una carcajada que tuvo la virtud de mortificar a Cranston, pero no quiso complicarse más la vida. Entregó la navaja a Baby, que la tiró al asiento de atrás y reanudó la marcha carretera adelante.

—¿Vamos a dejar mi coche aquí? —inquirió Cranston.

—Despreocúpese de todo. A partir de este momento yo tengo el control de la partida..., y le aseguro que no necesito sus indicaciones. ¿Dónde tiene escondido ese sobre?

—En realidad está en la caja fuerte de mi hotel, a nombre de Aldo Woodrock. Lo entregarán a la persona que lo pida utilizando ese nombre.

—¿Sin más complicaciones y condicionantes?

—Sí.

Baby utilizó la radio para pasar instrucciones en ese sentido, de modo que un Simon pasara a recoger el sobre. Continuaron circulando todavía un par de millas más antes de que sacara el coche de la carretera y enfilara un breve sendero que terminaba frente a un pequeño chalé muy cerca del mar y rodeado de palmeras. Encantador a la luz de las estrellas. Baby apagó las luces de su coche, y esperó. Llegaron dos coches más, y de uno de éstos se apearon dos hombres, que fueron al chalé, entraron, y encendieron las luces. Uno salió a la puerta haciendo señas de llamada, y Baby se apeó. Cranston la siguió sin necesidad de indicaciones. Todavía aparecieron cinco agentes más de la CIA, y Cranston sintió que se le erizaba el vello cuando, tras entrar todos en la salita del chalé se quedaron mirándolo. Se dio perfecta cuenta de que él estaba vivo porque Baby lo había ordenado así, en contra de los deseos de aquellos hombres, que por su gusto lo habrían hecho pedazos ya.

—De las huellas digitales nos ocuparemos en su momento, permanezca quieto y callado —dijo Baby—. ¿Cuál es el nombre del yate?

—*Tryplex*.

—Bien. Siéntese ahí —señaló un sillón— y, simplemente, permanezca quieto y callado.

El ex espía británico obedeció.

Pronto comprendió que en aquel chalé la CIA había instalado un auténtico centro provisional de operaciones, por supuesto con radio, teléfono y télex. Nada del otro mundo. El nombre del yate fue notificado a la Central de la CIA, desde donde se impartirían las órdenes oportunas y adecuadas para que fuese buscado en todo el mundo, si bien, lógicamente a juicio de Baby, lo más probable era que estuviese cerca de la Costa Este de los Estados Unidos, considerando que la balsa donde había sido hallado crucificado

Norbert Hart navegaba Potomac abajo…, en lo que debía haberla precedido el yate.

—A menos —dijo la rubia— que estén utilizando dos yates, no uno solo. Desde Nassau, el agente que había ido a recoger el sobre a nombre de Aldo Woodrock dijo que lo tenía, que contenía un papel con unas huellas impresas y otro papel con el nombre de *Tryplex*. La orden de Baby fue inmediata:

—Tome el primer vuelo hacia el continente, utilice los enlaces más rápidos para llegar cuanto antes a la Central, y busquen a los propietarios de esas huellas. Comuniquen el resultado inmediatamente a este puesto sea la hora que sea. Aquí seguimos esperando toda la información que sobre el asunto se vaya reuniendo. Es todo.

A las nueve de la mañana siguiente llegó una información que no sorprendió en absoluto a la agente Baby:

—El *Tryplex* ha sido localizado y está bajo control: dentro de poco llegará a Nassau, a menos que cambie inesperadamente de rumbo. Navega con bandera norteamericana, y ha sido localizado en los registros. Según éstos, su último propietario es un tal Randolph Kimberley.

—¿Sabemos algo de él?

—Bastante —murmuró Simón—: es un senador de los Estados Unidos.

—Maldita sea.

—Estas cosas ocurren —sonrió torcidamente Simón—. Aunque cabe preguntarse qué operación puede estar preparando privadamente en Latinoamérica un senador de los Estados Unidos…, y quiénes son los dos sujetos que le acompañan.

Baby fue a sentarse en el sofá, frente al sillón que ocupaba Cranston, y en el que había pasado la noche, durmiendo a ratos y con frecuentes sobresaltos.

Todo lo contrario de la divina espía, que había dormido profunda y apaciblemente de un tirón casi siete horas en confortable lecho.

—El yate *Tryplex* está llegando a Nassau, y según entiendo sus ocupantes le van a llamar a usted al hotel, o a visitarle. ¿Tenían previsto de alguna manera que usted no estuviera en el hotel, que no pudieran localizarlo ni personalmente ni por teléfono?

—No.

—¿Eso quiere decir que ellos, simplemente, esperan que todo esté normal por aquí?

—Claro.

—¿Cómo pueden tener semejante pretensión sabiendo que la CIA iba a operar muy intensamente en Nassau?

—Ellos no pueden saber eso.

—¿No? Pero usted sí sabía que yo iba a venir a Nassau, ¿no es así? Estaba tan seguro de ello que me esperaban, y tenía dos amigos para apoyarle en su proyecto de eliminarme. Veamos, señor Cranston: ¿cómo sabía usted que la agente Baby vendría a Nassau?

Meredith Cranston se pasó la lengua por los labios, y no contestó. Uno de los agentes de la CIA se colocó ante él, y, de pronto, alzó un pie y lo dejó caer fuertemente sobre la zona genital del británico, que lanzó un bramido y se encogió en el sillón, demudado el rostro. Cuando miró los ojos de la rubia comprendió que la diversión había terminado.

—Señor Cranston, hay cosas que tienen una mínima lógica —dijo su colega americana—, y aunque a veces yo aparente ignorarla, la verdad es que siempre la tengo en cuenta. Vea, si usted me esperaba era que sabía que iba a venir. Y si lo sabía usted, lo saben sus amigos del yate *Tryplex*, pese a lo cual, no han variado sus planes, y vienen a Nassau. ¿Por qué?

—No lo sé… ¡No lo sé!

—Lo voy a matar, colega, pero no por malo, sino por tonto. Mejor dicho, por creerme tonta a mí. Le diré cómo ha ido todo esto: la fotografía de usted que encontramos en el apartamento de Hart fue colocada allí por sus compinches del continente, lo que significa que si ellos dos me mataban, bien, y si no me mataban era de esperar que yo y mis compañeros encontrásemos la fotografía de usted y le localizáramos relativamente pronto. Y así ha sucedido: le hemos localizado a usted, pero no solamente porque seamos muy listos y tengamos muchos recursos, sino porque así estaba programado si yo salía con vida del apartamento de Hart. Al localizarlo a usted, podía ocurrir que usted me matase a mí, en cuyo caso, bien; pero si era yo de nuevo la vencedora ya estaba preparada la nueva pista conseguida por mediación de usted: el nombre de yate y las huellas dactilares. Esto quiere decir que cada

vez que yo escape de una trampa ya tengo preparada la siguiente, donde puedo morir o, si vuelvo a triunfar, de nuevo tendré más pistas que me irán atrayendo de una a otra trampa hasta que en una de ellas terminen conmigo. ¿Lo comprende, señor Cranston?

—Creo… creo que sí.

—Lo cual significa que ese yate, el *Tryplex*, es otra trampa. Si en ella me matan, bien. Si triunfo de nuevo yo, seguro que dispondré de otra pista, que será en realidad otra trampa…, y así sucesivamente hasta que en una de ellas consigan matarme. La pregunta es: ¿por qué tanto empeño en terminar conmigo?

—No lo sé… ¡Le juro que no lo sé!

—Tiene que ser por la misma razón que impulsó a esa gente a enviarme el cadáver crucificado de Norbert Hart. ¿No se le ocurre nada?

—No.

—Sin embargo, esto sí debe de entenderlo usted, ¿verdad?: si cuando sus amigos del yate *Tryplex* lleguen a Nassau y le llamen, no consiguen contacto con usted de ninguna manera, comprenderán que le ha sucedido algo. ¿Entiende esto, señor Cranston?

—Sí… Parece… evidente.

—Y a pesar de eso, han venido a Nassau. ¿No temen a la agente Baby? ¿Ni siquiera temen a la CIA?

—¡No lo sé!

Baby pareció abstraerse hasta la eternidad. Era tal su quietud, su expresión de ausencia, que por unos momentos llegó a parecer una estatua. Durante estos casi cuatro minutos nadie osó hacer el menor gesto o ruido perturbador.

Finalmente, regresó de su viaje interior, concentró su mirada en Cranston, y dijo:

—Usted tiene ahora solamente dos opciones. Una de ella es que yo personalmente le mate ahora mismo. La otra es que haga exactamente lo que voy a decirle…

Capítulo IV

Apenas hacía veinte minutos que el yate *Tryplex* había amarrado en el puerto deportivo anexo al muelle de Prince George cuando apareció la muchacha negra que se quedó mirándolo desde el embarcadero. En la cubierta del yate, Lorenzo Covarrubias se quedó a su vez mirando a la negra. Cerca de él, su compañero Andrew Wells siguió la dirección de la mirada del cubano, vio a la negra, quedó un instante pasmado, y luego emitió un silbido que era todo un poema de admiración grosera pero total.

—Joder, qué negra —mascculló.

La muchacha vestía de azul claro, y llevaba una flor amarilla en el cabello azabache recogido en grandioso moño en lo alto de la cabeza. Su rostro era hermoso y vital, sus ojos marrones, su boca un encanto. Y su cuerpo, ceñido por la liviana tela del vestido, ofrecía unas formas y unas turgencias de belleza y apetencias poco comunes. Era una hembra como para matarse por ella.

Covarrubias estaba pensando en el modo de relacionarse con la muchacha cuando ésta, tranquilamente, accedió a la pasarela que unía el embarcadero con el yate, y llegó a la cubierta de éste. Los dos hombres ya la estaban esperando, mirándola lúbricamente.

—Me parece que lo que andas buscando ya lo has encontrado —dijo Covarrubias—. Pero no podremos hacerlo en el yate.

—Seguro que tú tienes el sitio adecuado —añadió Wells.

Ella miró a uno, miró a otro, y luego señalo hacia la proa del yate.

—He visto que el nombre de esta barca es *Tryplex*. Por tanto, tengo que hablar con la persona más importante que haya a bordo.

—¿No te parecemos nosotros suficientemente importantes?

—La verdad es que no, en absoluto —sonrió irónicamente la negra—. Decidle a esa persona que me envía Meredith Cranston. Traigo una nota de él.

Mostró un sobre que sacó de un bolso, pero cuando Covarrubias quiso cogerlo lo retiró rápidamente, sin dejar de sonreír como divertida. Wells también intentó coger el sobre, diciendo:

—Nosotros nos encargaremos de entregarlo.

—Nada de eso —rechazó ella—. Y os advierto que Meredith me ha dicho que la entrega es urgente.

—Está bien —acepto Wells—. Espera aquí.

Desapareció en el interior, y reapareció apenas un minuto más tarde, cuando Covarrubias se iba envalentonando en sus acercamientos a la muchacha. Wells le hizo una seña, ella pasó junto a Covarrubias, y éste le dio un manotazo en una nalga, riendo. La negra se volvió como un relámpago, y asestó al cubano un tremendo rodillazo en los testículos que le arrancó un bufido de dolor y lo dejó tendido de costado en cubierta, con el rostro desencajado y el cuerpo encogido en vano intento de alivio.

—Coño, qué mal genio —rio Wells.

La muchacha entró en el yate. En la salita de éste había un hombre esperando. Alto, rubio, elegante con su batín. Debía de tener unos cuarenta años, y habría resultado muy atractivo si no hubiera tenido un ojo de cristal y le hubiera faltado el antebrazo izquierdo. Sus facciones eran angulosas, herméticas, y la mirada de su ojo sano resultaba penetrante e inquietante.

—¿Quién es usted? —preguntó ásperamente.

La muchacha titubeó, pero pareció convencerse de que aquel hombre era lo bastante importante para el asunto, y dijo:

—Me llamo Lili Mayflower —dijo, tendiendo el sobre—, y traigo esto de parte de Meredith Cranston.

El hombre tomó el sobre, lo sujetó contra el costado con el brazo incompleto, y lo abrió rasgándolo con la única mano. Sacó el papel, cuyo contenido leyó rápidamente:

> *Ella llegó, y yo logré herirla, pero escapó, después de conseguir matar a Amos y Lukas. Yo pude escapar, pero no me atrevo a salir, pues Nassau está lleno de hombres de la Agencia. M. C.*

El hombre lisiado leyó por segunda vez el mensaje, y miró de nuevo a la bellísima muchacha negra.

—¿Dónde está Cranston ahora? —preguntó.

—En mi apartamento.
—Ya. ¿Y quién eres tú?
—Soy amiga suya, y ya he dicho que mi nombre…
—Vamos, no seas estúpida: nadie puede llamarse Lili Mayflower.
—Es que… es mi nombre de trabajo.
—¿Qué trabajo? ¿A qué te dedicas?
—Bueno… Hago amistades en clubes caros… Siempre encuentro personas amables que pagan bien mis servicios durante su estancia en las islas por acompañarlos de un sitio a otros. Digamos que soy… una azafata privada.
—La madre que te parió —sonrió el manco-tuerto—: ¡eres una prostituta!
—He dicho «azafata» —se enfadó Lili—. Conocí a Meredith hace tres noches en el Tabarin, y él me invitó a una copa… Bueno, lo estábamos pasando bien, hasta que me dijo que ya volveríamos a vernos, y se fue. Esta madrugada, cuando llegué a mi apartamento, él me estaba esperando dentro, el muy granuja había abierto la puerta con un alambre… Le dije que era un aguafiestas, pues yo podía haber llegado con algún amigo, como había ocurrido con él las dos noches anteriores, pero dijo que no le complicase más la vida, y que tenía que quedarse allí, y que por la mañana yo tendría que hacerle un servicio fácil y que me pagarían bien por ello. Así que eso estoy esperando: que me pague usted por el servicio. Y quiero que Meredith desaloje mi apartamento cuanto antes, ¿de acuerdo? No soy ninguna ingenua, sé olerme los líos a mil millas. ¿Me explico?
Mientras Lili hablaba, Covarrubias había entrado en la salita, y además había aparecido otro personaje procedente de los camarotes. Un hombre de algo más de cuarenta años, recio, de cabellera roja con incipiente calvicie. Estaba en pijama. Le faltaba la pierna derecha desde un poco más arriba de la rodilla, y se sostenía con muletas. En el lado derecho de la cara tenía una cicatriz que parecía de fuego, y que iba desde la nariz a la oreja.
Durante unos segundos después que terminó de hablar Lili reinó el silencio en la salita del *Tryplex*. Por fin, el manco-tuerto preguntó:
—¿Qué es lo que Cranston está esperando? ¿Has de llevarle alguna respuesta?

—Lo único que él me pidió es que entregara el sobre.

—¿Tienes teléfono en tu apartamento?

—Claro.

El manco-tuerto señaló el teléfono supletorio del radio-teléfono del yate, colocado en una repisa.

—Llama a Cranston.

—Pero quizás él no quiera contestar…

—Nos arriesgaremos. Llama.

Lili Mayflower obedeció. Se oía el timbre del teléfono, pero nadie contestó. Por indicación del manco-tuerto, volvió a llamar, con el mismo resultado. Pero al hacerlo por tercera vez, el teléfono del apartamento de Lili fue descolgado…, si bien nadie inquirió nada. Lili hizo girar sus esplendidos ojos al parecer asustados hacia el manco-tuerto, que susurró:

—Dile que eres tú.

—¿Meredith? —Obedeció de nuevo Lili—. Soy yo, Lili. ¿Me oyes?

—Claro que te oigo —gruñó Cranston—. ¿Dónde estás?

—Estoy en el ya…

El manco-tuerto le arrebató el auricular, asumiendo el contacto con el británico.

—Cranston, soy Atila. ¿Cómo se le ha ocurrido enviar al yate a esta golfa?

—…

—Está bien. No se mueva de ahí, no haga nada, y no conteste ninguna llamada telefónica salvo que antes haya sonado otra de cinco timbrazos exactamente. ¿Está entendido?

—…

—Eso es todo.

El llamado Atila colgó, y se quedó mirando a Lili con el ceño fruncido. Por el pasillo había aparecido otro hombre, igualmente en pijama, que contemplaba la escena en silencio…, mientras Lili Mayflower le contemplaba a él no poco impresionada: tenía la cabeza completamente quemada, sin un solo cabello, y le faltaba la oreja izquierda; sus ojos, oscuros y grandes, de inteligente aunque hosca expresión, contemplaban como fascinados a la preciosa negra.

Y de repente, Lili Mayflower se dio cuenta de que también parecían fascinados Atila y el cojo de la cicatriz en la cara,

mirándola con una fijeza desconcertante e inquietante. Como quien se siente turbada, Lili desvió la mirada, posándola de nuevo en el cuadro que había entre dos de las portillas redondas de la sala. El cuadro representaba un volcán en plena erupción terrible mientras enormes olas marinas llegaban a su falda, donde caían enormes pellas de lava hirviente provocando géiseres de sorprendente belleza…

—¿Dónde están Jefferson y Peter? —preguntó el último personaje aparecido en escena.

—Están haciendo el pedido de provisiones —dijo Wells—… Creemos que todavía tardarán bastante, aunque Gio fue con ellos.

—Está bien. Vosotros dos salid a cubierta, y estad atentos.

Covarrubias y Wells dirigieron una furtiva mirada a Lili, y abandonaron la salita. Los tres inquietantes sujetos regresaron toda su atención a Lili Mayflower, que comenzó a sentirse verdaderamente desasosegada.

—Como ya ha oído —dijo de pronto el tuerto-manco—, yo soy Atila. Ellos son Calígula y Hitler.

Lili miraba de uno a otro. Calígula era el cojo, y Hitler el que tenía la cabeza quemada y carecía de una oreja.

—¿No tienes nada que decir? —murmuró Calígula.

—Sí —le miró Lili—, quiero que me den el dinero que Meredith me ofreció, y marcharme de aquí cuanto antes.

—¿No te gustamos? —Inquirió Hitler—. ¿No te parecemos unos simpáticos muchachos?

—Seguramente lo son —intentó sonreír Lili—, pero tengo cosas que hacer en Nassau esta mañana, así que…

Atila entregó la nota de Cranston a Calígula, y Hitler se acercó para leerla al mismo tiempo. Atila se acercó a Lili, y le arrebató el bolso, que tiró a las manos de Calígula. Éste lo abrió, volcando todo su contenido sobre una mesita. Lo único que llamó su atención fue la pequeña pistola de cachas de madreperla, que dejó a un lado; lo demás, cosas propias de hallarse en un bolso de mujer, no merecieron una segunda mirada. Tomó la pistola, sonrió, y se la guardó en un bolsillo del pijama.

—Desnúdate —ordenó.

—Oigan, así no… Quiero decir que no me parecen maneras de…

—Déjate de tonterías y desnúdate completamente —la

interrumpió Hitler—. Completamente, ¿entiendes? Y sin rechistar.

Lili Mayflower no rechistó, procediendo a desnudarse a plena satisfacción de Calígula, Hitler y Atila, que la contemplaban con expresión inescrutable. Cuando terminó de desnudarse los tres hombres estuvieron unos segundos como fascinados por su belleza. Por fin, Hitler se acercó, recogió las ropas, las colocó sobre el sofá, y procedió a registrarlas sin prisa y sistemáticamente, pese a lo poco que había que registrar allí, dada la ligereza de la tela y el hecho de que solamente hubiera el vestido, el sujetador y las bragas.

—Los zapatos —pidió también Hitler.

Los examinó como si existiera alguna posibilidad de encontrar un tesoro en ellos; posibilidad que no se cumplió, ciertamente.

—Ven a tenderte en el sofá —ordenó a continuación Hitler.

—¿No podríamos hacer las cosas de otra manera? —protestó Lili, con voz tensa—. Podemos entendernos bien, pero sin avasallamientos. A todos nos iría mejor si me dejaran hacer las cosas a mi aire.

—Ven a tenderte aquí —insistió Hitler.

Lili Mayflower todavía titubeó un instante, pero pareció resignarse y fue a tenderse en el sofá. Hitler le hizo un gesto para que separase las piernas, pero no sucedió lo que ella pensaba, sino que el hombre procedió a una exploración vaginal y anal que alteró y molestó visiblemente a Lili Mayflower. Después de esto, Hitler preguntó:

—¿Qué prefieres? ¿Un vomitivo o un laxante? Lili pareció no entender.

—¿Qué? —Se pasmó.

—Queremos vaciar tu estómago, y te permitimos que elijas el modo: o te laxamos o te damos un vomitivo. ¿Qué prefieres?

—¡Pero todo esto es… es una asquerosidad que…!

—¿Laxante o vomitivo?

—Laxante —se resignó Lili.

Hitler se disponía a abandonar la salita, pero Calígula le hizo una seña, y también a Atila. Se juntaron los tres en un extremo de la salita, y estuvieron cuchicheando unos segundos, poniéndose fácilmente de acuerdo. Hitler se volvió a Lili y señaló sus ropas.

—Vístete, siéntate ahí, y procura no molestar. Si nos causas complicaciones te irá francamente mal, estás advertida.

—Yo… no entiendo nada de todo esto… ¿Quiénes son ustedes, qué está pasando…?

—Cierra la boca, o te la vamos a taponar con algo que quizá no te gustase. Y deja de hacerte la tonta y de tratarnos como si nosotros también lo fuéramos. ¿De acuerdo?

—¡Quiero saber qué pretenden hacer conmigo!

—¿De verdad quieres saberlo? —dudó Calígula.

—¡Claro que sí!

—Pues te lo vamos a decir. El laxante te lo daremos antes de zarpar esta noche, de modo que te hará efecto cuando estemos en alta mar. Tal vez nos equivocamos y no lleves en tu estómago un pequeño emisor de potentes señales que permitirían a otro barco seguirnos a una distancia de treinta o cuarenta millas. Si lo llevas, lo tiraremos al mar, de modo que en cuanto deje de recibir el calor de tu estómago dejará de funcionar, y el barco que nos siga ya no podrá hacerlo, pues cambiaremos de rumbo. Si no llevas un emisor, nos sorprenderemos bastante, pero ello no significará que cambiemos tu destino.

—¿Qué… qué destino?

—El que tú misma te has buscado al meterte en este asunto. Sólo una circunstancia te salvaría de ese destino: que tú fueses una persona… especial que nosotros sabemos que nos está buscando. ¿Eres tú esa persona? ¿Eres la agente Baby?

—¿Quién?

Calígula, Hitler y Atila estuvieron unos segundos mirándola fijamente, especulativamente. Luego, los tres desaparecieron por el pasillo de los camarotes, como desinteresados completamente de la bella prisionera, que permaneció inmóvil unos segundos antes de proceder a vestirse y ponerse los zapatos de alto tacón. Luego, miró a todos lados de la sala, como por simple curiosidad, y finalmente se acercó a una de las portillas para mirar hacia el embarcadero, donde todo aparecía normal.

Cuando los tres tarados regresaron, se había vestido. Hitler se había puesto una peluca larga y densa que ocultaba el lado desorejado de su cabeza, y su aspecto había mejorado considerablemente. Sentada en el sofá y fumando apaciblemente, Lili Mayflower los miró sin expresión alguna en su bello rostro.

—Tenemos una mala noticia para ti —dijo Hitler—: hemos

decidido que mientras dure el viaje nuestros hombres vayan disfrutando de tu cuerpo.

—¿Y ustedes no?

—No nos gustan las negras.

—Ya. ¿Qué es lo que les gusta a ustedes?

—Dormir satisfechos.

Lili Mayflower quedó verdaderamente sorprendida por la respuesta de Hitler.

—¿Dormir satisfechos? ¿Qué quiere decir?

—Pues lo que has oído: dormir satisfechos. Es decir, acostarse con la satisfacción de haber conseguido plenamente los deseos y objetivos de la vida.

—Eso sí lo comprendo perfectamente. Y… ¿cuáles son sus deseos y objetivos de la vida?

—Abolir la Bondad.

—¿Abolir la maldad, ha dicho?

—He dicho abolir la BONDAD. Y te vamos a decir por qué: la maldad existe de modo natural en el mundo, en la vida, y nadie especula hipócritamente con ella. En cambio, sí se especula hipócritamente con la Bondad, y ello da lugar a que ocurran cosas peores que las que genera la Maldad pura y simple. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—¿De veras? Ponnos un ejemplo.

—La maldad se delata por sí misma, y por tanto podemos prevenirnos y luchar contra ella sin la desventaja que significa estar engañados o equivocados. Pero la Bondad, al engañarte, te deja más indefenso, no tomas las debidas precauciones, y por tanto pueden engañarte y perjudicarte más profundamente que cuando sabes que pretenden lastimarte. Ejemplo: si un hombre me ataca con un cuchillo, yo sé de qué debo defenderme y cómo es más conveniente hacerlo; pero si ese mismo hombre se finge amigo mío y lleva escondido el cuchillo esperando que yo me descuide para clavármelo, me será mucho más difícil defenderme.

Hubo un largo silencio por parte de los tres tarados, que miraban con renovado interés a Lili Mayflower. Por fin, Hitler hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, y dijo:

—Para ser una prostituta eres muy inteligente, Lili.

—¿Y qué son ustedes? Me atrevería a decir que tres locos a los que les gusta la fantasía y la grandeza, y por eso se hacen llamar, Hitler, Atila y Calígula. Pero no, no creo que sean locos… Más bien diría unos fanáticos que están tramando algo importante. Tan importante que si lo realizan conseguirán su deseo de dormir satisfechos. ¿Qué es lo que les gustaría hacer que les permitiría dormir satisfechos?

—Ahora te vamos a poner nosotros un ejemplo a ti —dijo Atila —… Supongamos que en un club de lujo encuentras un cliente que te… contrata para esa noche, os vais a tu apartamento, y allá le muestras que eres… toda una profesional, soportando todo lo que a él se le ocurre para su diversión y goce, y que luego, a la hora de pagar tus servicios te dice que la prostitución está prohibida y te entrega a la Policía, que te da una soberana paliza que te deja tullida y con la cara hecha una boñiga. Pero esto no es todo, sino que cuando, finalmente, sales libre, resulta que una nueva ley permite la prostitución libremente. ¿Qué te parecería todo esto?

—Una miserable y maldita asquerosidad.

—¿Verdad que sí? Y dudamos mucho que la Policía y la Justicia te resultasen simpáticas en el futuro, ¿no es cierto?

—¿Qué es exactamente lo que les ha ocurrido a ustedes? —murmuró Lili Mayflower.

—Ya te lo hemos dicho: tuvimos que hacer de putas, y cuando ya habíamos pagado las consecuencias de ello, autorizaron la prostitución…

En la cubierta del yate se oyeron unas recias pisadas, y enseguida unas voces amortiguadas. Al poco, tres hombres entraron en la salita. Uno de ellos era Jefferson Craig, y otro, que al parecer se llamaba Peter, completaba, junto con Covarrubias y el llamado Wells, el cuarteto que aparecía torturando a Norbert Hart y luego clavándolo en la cruz. El último sujeto, moreno, gordo, rutilante, calvo, de ojos diminutos de mirada perversa, debía de ser el que llamaban Gio.

Jefferson Craig se acercó a Atila, y le estuvo susurrando al oído durante casi un minuto. Cuando terminó su confidencia, Atila quedó pensativo, y por fin miró a Lili y dijo:

—Vas a llamar por teléfono a Cranston y le pasarás unas instrucciones para que esta tarde abandone tu apartamento y venga

aquí. Y te diré una cosa, Lili Mayflower: será mejor para todos que Cranston consiga llegar al yate…

Capítulo V

Faltaban veinte minutos para el anochecer cuando Meredith Cranston llegó al yate *Tryplex*, en cuya cubierta esperaban Covarrubias y Peter Stewart. Apenas Cranston hubo puesto los pies en el yate, éste zarpó, mientras el recién llegado era acompañado a la salita, donde esperaban Atila, Hitler, Calígula y Lili Mayflower.

Por las portillas entraba la luz rosada del crepúsculo.

—Lo conseguí —dijo Cranston—… ¡Y no parecía que fuese posible!

—Quizá no haya en Nassau tantos hombres de la Agencia como usted temía, Cranston —dijo Calígula.

—Tal vez sea eso —admitió el británico.

—¿Está seguro de que hirió a Baby? Porque si fue así quizá todos sus compañeros la tengan instalada en algún lugar y se dedican exclusivamente a protegerla mientras la atiende uno de los médicos de la Agencia. ¿Seguro que la hirió?

—Seguro. Le acerté en el lado derecho del pecho, y vi la sangre, aunque no puedo saber la importancia de la herida… Lo misino fue un rasponazo muy aparatoso pero inofensivo o bien que se quedó con la bala en las entrañas.

—¿Y cómo es ella?

—Es joven, rubia y muy bonita…

—O sea, de raza blanca.

—Naturalmente —se pasmó Cranston.

—¿Y cómo se produjo el choque entre ustedes dos?

—Bueno, yo salía del Tabarin Club, y pude ver un automóvil estacionado casi delante mismo, en doble fila. Alcancé a ver a la muchacha rubia, pero no estuve convencido de que era Baby hasta que me metí en mi coche y me alejé. Ella me siguió. Detrás de ella iban Lukas y Amos, pues ya teníamos previsto, tal como ustedes me dijeron, que ella me encontraría. Salimos de la ciudad. El coche de

Baby se acercó al mío, y ella me apuntó desde la ventanilla. Amos y Lukas se dieron cuenta de que la cosa se estaba poniendo fea, y quisieron intervenir. Entonces, su coche explotó, y fue a estrellarse contra un árbol. El coche de Baby golpeó el mío, sacándome de la carretera. Me apeé y eché a correr, pero ella me persiguió, me gritó que me detuviera… Me volví, y le disparé. La vi caer de rodillas cerca de las luces de su coche, y se llevó las manos al pecho y vi brillar en ellas la sangre. Apareció corriendo el hombre que la acompañaba en el coche y me disparó un par de veces, pero al verla a ella en el suelo pareció olvidarse de mí y corrió en su ayuda… Me pareció que lo mejor que podía hacer, por si llegaban más hombres, era esfumarme, así que me alejé tierra adentro. Ya más tarde, me las arreglé para llegar al apartamento de Lili, a la que había conocido un par de noches antes. Lo demás ya lo saben.

Hitler sonrió, y dijo:

—Es un relato perfecto. Y eso nos ratifica en nuestra opinión de que lo que está sucediendo ahora mismo permanece bajo el control de la admirable Baby. Porque si hay algo que nosotros no podemos creer es que un desgraciado como usted pueda zafarse de un acoso de la espía más eficiente del mundo. Por tanto, la cosa está clarísima: usted está actuando como una marioneta en manos de ella, y ella, por supuesto, de ninguna manera nos va a permitir que salgamos de su alcance. ¿Comprende lo que esto significa, Cranston?

—No… No entiendo eso, no.

—¿No? —Hitler miró a la negra—. ¿Y tú, Lili Mayflower? ¿Lo comprendes?

—Me temo que sí.

Un instante de silencio. De pronto, Calígula sacó la pistola de cachas de madreperla propiedad de Lili, apuntó con ella a la cabeza de Meredith Cranston, y antes de que éste tuviera tiempo tan siquiera de respingar, apretó el gatillo.

Plof, chascó la pistola.

En la frente de Cranston apareció un diminuto agujero rojizo.

El británico apenas se movió. Simplemente, pareció mirarse un instante la nariz, dejó caer acto seguido la cabeza sobre el pecho, y se derrumbó, quedando tendido cara al techo.

Calígula desvió la trayectoria del arma hacia Lili, que dijo

rápidamente:

—Yo soy Baby.

—No —rechazó Calígula—. Tú eres una chica lista de la CIA, desde luego, pero no eres Baby. Eres simplemente una radio viviente, que está emitiendo señales por medio del emisor que llevas en tu estómago. Y no vamos a molestarnos en purgarte. Basta matarte, y a los pocos minutos el emisor dejará de funcionar.

—Les aseguro que soy Baby.

—Antes te dimos a entender que solamente te salvarías si fueses Baby, y no aceptaste serlo.

—Antes no veía la muerte tan cerca como ahora.

—Según todos los datos que nosotros poseemos, Baby es de raza blanca, encanto —dijo Atila.

—Soy de raza blanca, pero antes de venir aquí me inyecté un suero subcutáneo llamado «Blackcolor» que tiñe de oscuro mi piel. Lo he utilizado muchas otras veces. Si esperan que se cumplan veinticuatro horas podrán observar como mi piel se torna blanca.

Calígula, Atila y Hitler miraban fijamente a Lili Mayflower, que hizo un gesto como requiriendo la máxima atención.

—Otra cosa —continuó—: tal como ustedes indicaban en la nota, fui avisada en cuanto el cadáver crucificado de Norbert Hart fue hallado. También he visto la videocinta que incluyeron en la balsa, y puedo decirles que la CIA ya ha identificado gracias a ella a Jefferson Craig y a Lorenzo Covarrubias, el cubano. Asimismo, identificamos a Alice May Rawlings y a Nelson Travers, los que fueron al apartamento de Hart. Por medio del MI6 identificamos a Cranston y lo localizamos muy pronto. Y sabemos que este yate es propiedad del senador Randolph Kimberley. Y efectivamente, llevo en el estómago un emisor de señales cuyo alcance supera las cuarenta millas. Con gusto me… desprenderé de él a fin de que el *Tryplex* quede fuera del control al que hasta ahora está sometido por la CIA. Y otra cosa más: mientras yo esté viva y ustedes puedan demostrarlo así a mis compañeros, tienen algo así como un seguro de vida, pero si me matan, créanme, lo mejor que pueden hacer a continuación es suicidarse.

De nuevo se produjo un silencio antes de que Hitler se erigiera en portavoz del trío de tarados.

—Ahora vamos a facilitarte nosotros algunas informaciones a ti.

En primer lugar, este yate no es del senador Kimberley, por la sencilla razón de que no es el *Tryplex*; simplemente, colocamos ese nombre en la proa porque nos hizo gracia, ya que nosotros somos tres, y porque sabíamos que un senador tenía un yate con ese nombre, lo que nos permitiría navegar con tranquilidad. En segundo lugar, las trampas que te hemos tendido con gente de baja estofa sólo tenían como objetivo ir facilitándote pistas para que llegases hasta nosotros. Y en tercer lugar, ahora que estás aquí es cuando tenemos, por fin, la certeza de que nuestra operación va a ser un éxito.

—¿Qué operación? ¿Qué tengo yo que ver con ella?

—Terminó la información —dijo Calígula—. Y ahora, ve al lavabo a desprenderte de ese emisor. Y queremos verlo. Limpio, por favor.

Lili Mayflower abandonó la salita, a la que regresó cinco minutos más tarde. Sobre la mesita de centro colocó una toalla de papel con el pequeño emisor todavía húmedo.

—Ya ha dejado de funcionar —murmuró.

—En ese caso —se puso en pie Atila—, es el momento de avisar a Wells para que cambie el rumbo a fin de navegar toda la noche hacia nuestro destino.

—¿Qué destino?

—Port-au-Prince, Haití. Pero en realidad es sólo una breve escala de… contacto. Adonde realmente nos dirigimos es a Jamaica.

—¿Y qué hay en Jamaica?

Atila frunció el ceño, reflexionó un instante, y por fin inquirió:

—¿Te gustaría recibir unas cuantas docenas de agentes de la CIA crucificados?

—No —palideció Lili.

—Entonces, fíjate bien en esto: permanece tranquila y pacífica en este yate, sé dócil y razonable, y te evitarás muchos disgustos. Ten por cierto que si nos causas contratiempos podemos enviar Potomac abajo varias docenas de tus queridos Simones crucificados. ¿Está claro?

—Sí.

—Por lo demás —sonrió afablemente Hitler—, no hay obstáculo para que procures pasarlo lo mejor posible durante el viaje. A fin de cuentas eres nuestra invitada de honor… y nuestro seguro de vida.

—Siempre y cuando, claro está —alzó un dedo Calígula—, mañana por la tarde tú piel se torne blanca a fin de que quedemos plenamente convencidos de que eres Baby. Porque si no eres Baby, cariño, tú si que lamentarás haber nacido.

* * *

Hacia las seis de la tarde siguiente, el asombro había remitido ya en los ocupantes del yate *Tryplex*, que ya no se llamaba así, pues de la proa había sido retirado el nombre, dejando visible el verdadero, que Lili Mayflower no había podido ver todavía.

Pero a ella sí la habían estado viendo bien todos los hombres que viajaban en el yate, incluido el llamado Gio, que era el cocinero y cuyo nombre completo era Giorgio Scranelli… Habían visto cómo la piel de la bella negra se iba aclarando, hasta llegar a un color dorado exquisito que se comprendía observando cuánto le gustaba tomar el sol a la «invitada». Le gustaba tanto que no había hecho otra cosa en todo el día, tendida en la cubierta completamente desnuda, con una indiferencia incluso humillante hacia los hombres que la miraban con ideas muy claras y concretas respecto a lo que desearían hacer con ella.

Sin embargo, nadie la molestó, y poco después de las seis, cuando el yate avistaba la ciudad haitiana de Port-au-Prince, Calígula apareció en la salita, donde Lili, que ya había dejado de tomar el sol hacía un rato, fumaba apaciblemente. Ella miró a Calígula, cuya cojera al caminar era bastante notoria; pero no se veía que le faltase una pierna, pues había recurrido a una prótesis que no se veía bajo el pantalón. Lo que no se podía ocultar prácticamente nada era la fea cicatriz que tenía Calígula en un lado de la cara.

Calígula se plantó ante Lili, y dijo:

—Usted es Brigitte Montfort.

—Y usted —deslizó suavemente ella— es un agente de la CIA.

Calígula movió la cabeza, aunque sin dejar de mirar fijamente los espléndidos ojos azules de Lili Mayflower, que ya la noche anterior se había desprendido de sus lentillas de contacto de color oscuro.

—Le voy a pedir un favor —dijo Calígula—: no nos obligue a

matarla. Usted, indudablemente, ya ha comprendido que pensamos utilizarla, y quizá sienta tentaciones de escapar del yate aprovechando la proximidad a tierra firme. Por favor, ni lo intente, en bien de todos.

—¿En qué pretenden utilizarme?

Calígula rechazó la pregunta con un gesto, y dijo:

—Cuando toquemos puerto recibiremos en el yate la visita de unos hombres que usted no conoce. Si lo desea, puede recurrir a cualquiera de sus trucos para disfrazarse de modo que ellos no puedan reconocerla.

—Se lo agradezco. ¿Cómo perdió la pierna?

Calígula apretó los labios, dio la vuelta, y dejó de nuevo sola a Brigitte, que decidió que como disfraz bastaría colocarse de nuevo las lentillas y deformarse la nariz con los pequeños aros de plástico y unas almohadillas dentro de la boca, aunque estas últimas tuviera que improvisarlas con ropa.

Diez minutos después de amarrar, en efecto el yate tuvo visitantes. Cuatro hombres, a los que Brigitte clasificó nada más verlos: eran aventureros de cierto nivel, posiblemente mercenarios bien entrenados. Vestían bien, hablaban con voz tenue, y miraban a su alrededor como quien no espera encontrar nada más que basura.

Cuando, al entrar en el saloncito del yate, vieron sentada en el diván a la morena de los ojos negros, se quedaron mirándola con un interés relativo pero expresivo.

—¿Quién es? —preguntó uno de los recién llegados.

—Soy la amante de Calígula —dijo Brigitte—, pero me comparten fraternalmente los tres.

—Ve a tu camarote —gruñó Hitler.

—¿También vais a compartirme con estos caballeros?

—No fastidies, Lili. Ve a tu camarote.

Ella hizo un gesto de resignación, y abandonó la salita. Poco después, el yate zarpó de nuevo. Es decir, que reemprendieron el viaje hacia Jamaica…

¿O la habían engañado a este respecto?

Covarrubias le llevó la cena a su camarote, y aprovechó para comérsela con los ojos y decir:

—No creas que he olvidado la patada en los huevos. Ya la pagarás.

—No tengo dinero —sonrió la espía—: me lo habéis quitado todo… Pero quizá te gustaría ganarte cinco millones de dólares, Lorenzo.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Dime qué están tramando ellos tres con esos cuatro mercenarios, ayúdame a escapar del yate cuando lleguemos a Jamaica, y veinticuatro horas más tarde tendrás cinco millones de dólares americanos.

El cubano la miraba con desconfianza y rencor, pero evidentemente la posibilidad de ganarse cinco millones de dólares no le disgustaba, ni muchísimo menos. De repente, abandonó el camarote, sin más. Brigitte examinó la cena, y sonrió complacida.

—Tendré que felicitar a Gio: es un cocinero excelente…, aunque la verdad es que tiene cara de malvado, de envenenador. De asesino, sí, esa es la verdad. ¿Contendrá veneno esta cena tan apetitosa?

Cenó tranquilamente. Luego, lo recogió todo en la bandeja, y salió del camarote llevándola en una mano. Cuando entró en la cocina del yate, Giorgio Scranelli se quedó mirándola con sus pequeños ojos como petrificados.

—¿Qué hace usted aquí? —inquirió, tenso.

—Solamente he venido a traerle el servicio de la cena, y preguntarle si puedo ayudarle en algo.

—No, gracias. Vuelva a su camarote.

—De acuerdo. ¿No tendría, por casualidad, una botella de champán fresca?

Gio se quedó mirándola aviesamente. De pronto sonrió, abrió el gran frigorífico, y de la parte inferior retiró una botella de champán, que envolvió con una servilleta blanca y la tendió a Brigitte, que la cogió encantada.

—Y una copa, claro —pidió, sonriendo encantadoramente.

—Por supuesto.

Con la botella y la copa, Brigitte emprendió el regreso a su camarote, oyendo el rumor de la conversación en la sala. Como si no le importase en absoluto, se encerró en su camarote, descorchó la botella de champán, y se sirvió la primera copa.

—Excelente —dijo complacida—…, aunque no sea Dom Perignon. En cualquier caso, se supone que un par de copas de

champán siempre son un buen recurso para alegrar la vida. O cuando menos, la noche.

* * *

Se había dormido, mas despertó apenas la puerta de su camarote comenzó a abrirse. Pero su tensión duró muy poco, pues la luz se encendió, de modo que no se trataba de ningún ataque o cualquier clase de jugarreta a traición. Se volvió en la cama, mirando a Atila, que permanecía en la puerta.

—Por favor, venga —dijo Atila—. La estamos esperando.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y veinte de la madrugada. Dentro de un par de horas llegaremos a Jamaica.

—¿A la capital, a Kingston?

—A Jamaica —eludió Atila—. Acompáñeme.

Brigitte salió de la cama completamente desnuda, se vistió rápidamente, y acompañó a Atila a la salita, donde aguardaban Calígula y Hitler solamente.

Es decir, que los cuatro aventureros con gesto de despreciar la vida propia y ajena se habían retirado a descansar… Brigitte vio inmediatamente sobre la mesita de centro un gran mapa desplegado, correspondiente a América Central. Calígula le señaló un puesto en el diván justo frente al mapa, y ella se sentó.

—La operación —dijo— va a llevarse a cabo en Nicaragua. Naturalmente, usted sabe cómo comunicarse con el personal de la CIA en Jamaica.

—Sí. ¿Pero qué tiene que ver Nicaragua con Jamaica?

—Usted utilizará nuestra radio de a bordo para ponerse en contacto con la CIA de Jamaica, y pasará la orden de que todos los hombres de la CIA actualmente destacados en Nicaragua abandonen ese país inmediatamente.

—¿Por qué razón?

—Usted no tiene que dar explicaciones a la CIA. Simplemente, dará una orden, y nosotros sabemos que será obedecida.

—En circunstancias normales, sí, pero la CIA sabe muy bien que en estos momentos yo no estoy en circunstancias normales. Comprenderán que mi orden la emito presionada por otras

personas…, y no la obedecerán.

—Usted se las va a arreglar para que su orden sea obedecida —deslizo suavemente Hitler—, porque si no es así, todos esos agentes de la CIA destacados ahora en Nicaragua serán inmolados. Es decir, que o usted consigue que su orden sea obedecida inmediatamente o todos los agentes norteamericanos serán asesinados. Y nos referimos no solamente a los del Grupo de Acción, a sus Simones, sino a residentes con coberturas diplomáticas o financieras. Queremos que lo entienda: toda la red de la CIA en Nicaragua compuesta por ciudadanos norteamericanos sería aniquilada.

—¿Quién les facilitó toda esa información? ¿Norbert Hart?

—No.

—¿Por eso lo crucificaron? Primero, tal como me explicó Cranston, hicieron contacto con él, en efecto, convencidos de que por dinero les iba a proporcionar mucha información sobre la red de la CIA en Nicaragua. Pero Hart se negó, a pesar de que lo torturaron brutalmente y lo vejaron y lo amenazaron de todas las maneras…

—Él no quiso comprender que estábamos hablando en serio cuando le dijimos que ya estábamos hartos de héroes, mártires y santos, y que todos eran unos embusteros. No entendió de qué le hablábamos cuando le dijimos que la Bondad había sido abolida, que debía dejarse de tonterías y colaborar. Tampoco nos quiso creer cuando le dijimos que nosotros habíamos sido simbólicamente crucificados… Nos dijo que éramos unos simples traidores, y que antes lo haríamos pedazos que obligarle a traicionar aquello por lo que había estado trabajando más de la mitad de su vida… Se lo advertimos: si quieres ser un mártir, lo serás, si quieres ser crucificado, lo serás, pero no sólo simbólicamente, como nosotros, sino que te vamos a crucificar de verdad. Entonces, él nos amenazó.

—¿Les amenazó? —Alzó una ceja Brigitte—. ¿Sí? ¿Cómo lo hizo?

—Nos dijo que lo que íbamos a hacer nos costaría caro, que la agente Baby nos encontraría y nos pasaría su factura, que tendríamos ocasión de lamentar haber llevado a cabo o tan sólo haber intentado la operación. Y eso nos dio la idea: decidimos capturarla a usted para que nos ayudase.

—¿Y no se les ocurrió la simple idea de buscar contacto conmigo

y proponerme el asunto, sin tener que crucificar a nadie?

—Usted jamás habría aceptado apoyarnos en esa operación. Comprendimos que sólo lo haría por la fuerza, sí conseguíamos obligarla a ello. Y decidimos ante todo capturarla. Por tanto, para estar seguros de que usted iba a ser movilizada por la CIA, le enviamos a Norbert Hart crucificado. Era lo que él merecía, por ponerse del lado de la bondad, por negarse a colaborar en nuestra operación. ¿Qué es lo que ocurre siempre con los partidarios de la Bondad? Son inmolados, sacrificados, crucificados, ¿no es cierto? Los que se ponen de parte de la Bondad son siempre mártires. Pues bien, nosotros convertimos a Hart en un mártir crucificado, que era lo que se merecía por su inquebrantable voluntad de permanecer frente a nosotros en lugar de apoyarnos… cuando ya le habíamos explicado en qué consistía la operación.

—¿Y en qué consiste?

—La suponemos enterada de que dentro de pocos días el gobierno de Nicaragua y la Contra van a establecer una tregua de sesenta días durante los cuales se llevarán a cabo conversaciones con el propósito de conseguir un acuerdo y una paz definitivas en Nicaragua.

—Estoy al corriente de ello —asintió Brigitte—. Naturalmente.

—¿Y qué opina de ello?

—¿De la tregua y de las conversaciones entre el gobierno y la Contra en busca de una paz definitiva?

—Sí, de eso.

—Cielos, qué pregunta… ¡Me parece sencillamente maravilloso, admirable y encomiable! A todo el mundo le debe parecer que un intento con buena voluntad como ése es marav… Un momento… ¿A ustedes no se lo parece?

—No.

Brigitte Baby Montfort estuvo casi medio minuto escrutando con suma atención los rostros de los tres hombres que tenía de pie ante ella. Rostros tensos, deformados por las heridas. Cuerpos mutilados. Recuerdos sin duda imborrables de malos momentos. Mentes ofuscadas, deformadas por dolores inolvidables. Y recordó las palabras de Atila: «tuvimos que hacer de putas, y cuando ya habíamos pagado las consecuencias de ello, autorizaron la prostitución»…

—Entiendo —murmuró la divina espía—… Les comprendo perfectamente, y siento que las cosas sucedieran de ese modo.

—¿De qué modo? ¿Qué es lo que entiende usted, qué es lo que siente? —masculló Calígula.

—Ustedes tres son… o fueron agentes de la CIA, es decir, fueron Simones, a los que yo tanto quiero. Obedeciendo órdenes de la CIA sin duda estuvieron apoyando y luchando con la Contra en Nicaragua, y como consecuencia, recibieron esas heridas que los dejaron marcados para siempre por dentro y por fuera. Supongo que los retiraron del servicio, y que les asignaron una buena paga… con la cual han estado viviendo pudriéndose de rencor hacia la vida, pero soportando su destino. Y cuando más sombríos estaban, cuando ni siquiera debían de saber qué hacer con sus vidas, se enteran de que la lucha que les costó su integridad física y hasta mental ya no es tal, ahora los que se peleaban quieren ser amigos, como si nada hubiera pasado… Y esto ustedes no han podido digerirlo. ¿Para eso lucharon y dejaron parte de sus cuerpos en un país que maldita la mierda, les importa? ¿Para que ahora unos y otros hagan las paces, se abracen y se besen… mientras ustedes quedan como carne de cañón ni siquiera destruida, sino convertida en picadillo? De verdad lo siento por ustedes, pero así son las cosas.

—¿Así son las cosas? —Jadeó Hitler—. ¡No son así, sino que las hacen así!

—De acuerdo. Pero… ¿qué quieren ustedes? ¿Que en Nicaragua continúen matándose unos a otros toda la vida? ¡Maldita sea, ustedes no pueden pretender que dos bandos en guerra no firmen nunca la paz! ¡Ya es una canallada iniciar cualquier guerra, pero sería peor no iniciar nunca la paz! ¡Ustedes no pueden pretender semejante cosa!

De nuevo se produjo un largo silencio. Por fin, Calígula murmuró:

—Pues eso es precisamente lo que pretendemos. Y si usted no nos ayuda correrá la misma suerte que Norbert Hart… Puesto que se pone del lado de la Bondad, perecerá como le corresponde; crucificada por tener esa creencia y ese comportamiento. Igual que Hart. Igual que Cristo. Igual que tantos otros. ¿Es eso lo que quiere, su inteligencia no se rebela?

—Supongamos que consigo que Nicaragua quede sin un solo

agente de la CIA. ¿Qué ocurriría a continuación?

—¿Ha visto a esos cuatro hombres? —Señaló Atila hacia los camarotes—. Son mercenarios especiales, que se harán pasar por agentes de la CIA dirigiendo en Nicaragua un atentado especialmente cruento contra determinados personajes del gobierno nicaragüense, al frente de numerosos hombres de la Contra… Es claro que ni ellos son de la CIA ni los hombres que los acompañarán serán de la Contra, pero… todo el mundo lo creerá así, y las cosas volverán a su cauce.

—A su cauce —murmuró Brigitte—… O sea, a que continúe esa masacre entre nicaragüenses. No, no voy a colaborar en eso, Atila. No lo haré.

—¿Prefiere que la crucifiquemos?

—Simplemente, no voy a facilitarles de ninguna manera esos planes.

—Escuche, nosotros conservamos en la memoria un recuerdo amado de lo que significa Baby, no queremos lastimarla, deseamos…

—No les voy a ayudar en eso. ¡Maldita sea, no lo haré aunque me crucifiquen mil veces en la mismísima estatua de la Libertad! Me he pasado la vida jugándomela para evitar cosas como ésta, y ahora pretenden que colabore en una de ellas. ¡No lo haré! Y si creen que voy a aceptar una cosa así sin hacer nada por impedirlo…

De repente, Brigitte saltó contra Calígula, al que derribó fácilmente con un simple empujón, encarándose inmediatamente con Atila, cuyo único ojo parecía emitir ráfagas de intensa alarma mientras el manco iniciaba un movimiento defensivo que no le sirvió de nada, pues el puntapié de Brigitte le alcanzó en el bajo vientre y lo derribó como muerto. La espía se volvió hacia Hitler, que en aquel momento la atacaba impetuosamente, disparando su puño derecho contra el rostro de Baby…

Ésta esquivó el golpe, giró de modo que quedó de espaldas a Hitler, y le descargó un tremendo codazo en pleno estómago. Hitler emitió un sordo quejido de bestia herida, su rostro se demudó, cayó sentado, su peluca saltó, y él terminó por caer de espaldas…

—Quédese quieta —ordenó una seca voz en el extremo del pasillo a los camarotes.

Brigitte miró hacia allí, y vio a uno de los cuatro mercenarios

apuntándola con una pistola provista de silenciador. Inmediatamente, aparecieron los otros tres, igualmente armados. Uno de ellos miró a los tres derrotados ex espías, y movió la cabeza con un gesto entre burlón y amistoso. El que había aparecido en primer lugar, ataviado únicamente con calzoncillos, le hizo un gesto a Brigitte.

—Vuélvase de espaldas.

—No es necesario que me golpeen —masculló ella—: sé perfectamente cuándo debo darme por vencida.

—De acuerdo. Venga para aquí, la encerraremos en uno de los camarotes hasta que los convenzamos a ellos de que lo mejor que podemos hacer con usted es eliminarla.

Brigitte se acercó al hombre…, y no tuvo tiempo ni siquiera de pensar en intentar algo, porque otro de los mercenarios, rápidamente, le golpeó en la parte posterior de la cabeza. La espía creyó oír un trueno terrible que reventó en un pozo de oscuridad absoluta.

Capítulo VI

Cuando recobró el conocimiento estaba sólidamente atada de pies y manos y tendida en el diván de la salita. Por las portillas resplandecían las primeras luces del día. Sentado frente a ella contemplándola hoscamente se hallaba Calígula, que preguntó:

—¿Cómo se siente?

Brigitte ni siquiera contestó. Tenía un denso dolor de cabeza que parecía extenderse en palpitaciones por todo el cuerpo. En la parte posterior de la cabeza notó la rigidez del cuero cabelludo, debido a la sangre que había brotado de la herida y que ya se había secado.

—Escuche —dijo Calígula—, si usted no colabora con nosotros van a morir algunos agentes de la CIA. Algunos de sus Simones actuales, ¿comprende?

Nosotros no tenemos solamente cuatro comandantes mercenarios, sino un buen puñado de hombres bien entrenados que están esperando en un campamento de Jamaica, al cual estamos llegando. Son cuarenta hombres al mando de los cuatro comandantes que usted ya conoce. Entre ellos y los que están siendo reclutados en Nicaragua haremos una terrible masacre al atacar por sorpresa… ¿Por qué no nos despeja el camino y así salvará la vida a varios agentes y colaboradores de la CIA?

Brigitte no se dignaba contestar, y Calígula se impacientaba.

—Dentro de dieciocho horas un avión especial recogerá en el aeropuerto de Kingston a nuestros cuatro comandantes y a los cuarenta hombres a sus órdenes, para trasladarlos a Nicaragua, donde serán lanzados en paracaídas en un sitio preparado para recibirlos y organizar el ataque. Estoy seguro de que usted entiende perfectamente que nuestro plan no va a fallar, y que su obstinación no va a beneficiar a nadie. Y menos que a nadie, a usted misma. ¡Maldita sea, no me diga que prefiere ser crucificada!

Tampoco contestó Brigitte. Había cerrado los ojos, y estaba

intentando relajar su tensión a fin de aliviar el dolor de cabeza. Ni siquiera abrió los ojos cuando oyó pisadas en la sala y enseguida la voz de Hitler:

—¿Qué? ¿No se aviene a razones?

—No.

—Pues no podemos esperar más. Los cuatro están esperando para bajar a tierra, y ésta es una buena hora para hacerlo, antes de que aparezcan embarcaciones por estas costas.

—Está bien. ¿Tenemos alguna noticia de ellos?

—Todavía no. Pero la tendremos. Nos hallamos en el lugar convenido según todas las previsiones, y ya verás cómo se producirá la llamada y a la noche haremos el contacto con ellos en Kingston. Todo está funcionando conforme a lo previsto.

—Excepto lo de ella —dijo Calígula—… Nos equivocamos al suponer que haría cualquier cosa por evitar que muriesen varios Simones.

Brigitte oyó las pisadas acercándose a ella, y abrió los ojos cuando una mano la agarró por los cabellos, aunque sin violencia. Hitler se hallaba inclinado sobre ella, mirándola irritado.

—Usted va a ser llevada a un campamento donde permanecerá hasta que termine la operación, pues si algo saliese mal queremos tenerla como rehén para el canje. Mientras tanto, nosotros nos dirigiremos a Kingston, donde tenemos que entrevistarnos con unas personas que en cualquier caso usted no debe ver. No obstante, si durante el día de hoy cambiase de idea, dígaselo a Gustav, y él la pondrá en contacto con nosotros por la radio desde el campamento. ¿Me ha comprendido?

—De manera —murmuró Brigitte— que hay alguien más además de ustedes y esos cuatro mercenarios de baja estofa… ¿Quiénes son?

—Estamos hablando demasiado con ella —murmuró Calígula—, y no tenemos por qué hacerlo, puesto que no acepta nuestra amistad. No perdamos ya más tiempo.

Salieron los dos de la salita. Al poco, regresaron, acompañados por Atila y los cuatro mercenarios. Uno de ellos, riendo, se acercó a Brigitte y se la cargó en un hombro, como si fuese un saco. Salieron todos a cubierta. Junto al yate esperaba una lancha a cuyos mandos había un negro atlético, de musculatura impresionante, que miró a

Brigitte como si allí mismo terminara de hacerla suya. La lancha, con los cuatro mercenarios y Brigitte se dirigió hacia la costa, que en aquella parte se veía escarpada y oscura. Brigitte volvió la cabeza para mirar el yate que iba quedando atrás, y pudo ver entonces su verdadero nombre: *Little Jaw*, es decir, Pequeño Tiburón.

Por la relativa posición entre el sol y la isla supo que se estaban acercando a la parte norte de Jamaica. No se veía ninguna playa, pero sí algunos cocoteros muy cerca del mar, como a punto de caer al agua, que era de una transparencia ideal. Todo estaba en calma y en paz, el paisaje y el momento eran idílicos.

Tan sólo un par de minutos más tarde, la lancha llegaba a motor ya parado a un pequeño reducto rocoso de aguas cristalinas y que no podía ser visto desde el mar. Desembarcaron todos allí, saltando a las rocas, el negro con Brigitte en un hombro, riendo y haciendo comentarios de lo más claros y expresivos. La lancha quedó allí, inmóvil, hundido el anclote en la arena que parecía de oro molido.

Alcanzaron fácilmente la parte alta del talud, y subieron al Land Rover que esperaba allí a la sombra. Todo estaba tan bien organizado que Brigitte comenzó a temer que la operación se llevase a cabo con resultados positivos para aquella gente. Bien, no en vano todo había sido preparado por tres agentes de la CIA que ya conocían Nicaragua y tenían ideas y recursos, y conocían gente como los cuatro mercenarios, quienes a su vez conocían a otros mercenarios…

¿Quiénes debían de ser «ellos», esas personas con las que Hitler, Calígula y Atila debían entrevistarse en Kingston? Claro, tenía que haber alguien que financiase la operación, lo que estaba lejos de las posibilidades económicas de tres agentes de la CIA separados del servicio con una paga que, por buena que fuese, nunca alcanzaría para contratar mercenarios, disponer de yates, de hombres… Y de armas. Porque no había que olvidar las armas. ¿De qué armas disponían, dónde las habían obtenido, quién había aportado el dinero para comprarlas…?

Apareció de pronto el campamento. Aunque no era un campamento propiamente dicho, pues todo lo que se veía era una gran extensión de cañas de azúcar plantadas, y, separadas, tres chozas de regular tamaño metidas entre las cañas. A un lado, cerca

de una de las chozas, había una explanada bastante grande, donde había más vehículos y herramientas. Algunos hombres se acercaron, y comenzaron a hacer comentarios al ver a Brigitte, que comprendió que pocas veces en su vida se había hallado en situación tan comprometida. Sí, podían conservarla viva por si convenía un canje, pero la posibilidad de ser violada por aquella caterva de bestias estaba latente…, y cuarenta hombres son muchos hombres.

Gustav estaba conversando aparte con sus tres amigos, uno de los cuales se llamaba Erikson.

Decían algo que les hacía mucha gracia. Por fin, llamaron a dos de los mercenarios negros que se comían a Brigitte con los ojos, y les dieron unas órdenes. Brigitte no tardó mucho en saber cuáles eran esas órdenes, cuando los dos negros trajeron dos grandes tablones sucios y los amararon uno al otro formando una cruz.

Gustav se acercó a Brigitte, que seguía tendida en el piso del Land Rover, y le sonrió simpáticamente.

—Tengo entendido que tiene usted preferencia por las crucifixiones, prenda, así que la vamos a complacer. Si el sol la calienta demasiado, avísenos, que la pondremos a la sombra.

Entre risas y manoseos groseros y cada vez más profundos e inquietantes, Brigitte fue colocada en la cruz, aunque por fortuna no clavada, sino amarrada. Sujetaron sus brazos al madero horizontal, y luego la ataron fuertemente de la cintura para abajo al vertical, de modo que quedó especialmente visible su sexo, de cuyos vellos los mercenarios daban tirones sin cesar en sus risas obscenas. Un negro de cabeza rapada comenzó a hacer exhibiciones genitales ante Brigitte, y hubo más risas… Gustav apareció de pronto, dio unas secas órdenes, y en cuestión de segundos Brigitte quedo sola, crucificada, bajo el tremendo sol que a cada momento estaba más alto y quemaba más y más.

Hacia las cinco de la tarde, uno de los mercenarios entró en la cabaña donde se había instalado el cuartel general, con la radio de largo alcance y varias unidades de equipo portátil de comunicaciones.

—La mujer ha muerto —dijo—. O lo parece.

Erikson farfulló algo, y se asomó a una ventana, desde la que podía ver la cruz en el centro de la explanada.

El sol era puro fuego.

Baby estaba completamente relajada, con la cabeza colgando flojamente sobre el pecho.

—Si se muere vamos a tener complicaciones con los de la CIA —dijo Erikson—. Joy, Norton, id a descolgarla y traedla aquí.

Cinco minutos más tarde la agente Baby era depositada en el suelo de la choza, a la sombra. Erikson le pasó una mano por el vientre y el pecho, y mascculló:

—Me parece que nos hemos excedido. Está hirviendo.

—Pues no podemos ocuparnos de ella —dijo Gustav—, porque tenemos que salir ya hacia el aeropuerto. Ya la cuidarán los tres hombres que van a quedarse aquí.

Erikson titubeó. Sabía con qué clase de animales estaba tratando, desde luego.

—Primero que se vayan todos lo hombres, en los grupos convenidos, y que vayan concentrándose en el avión, ya les hemos explicado a todos cuál es, y además lleva ese dibujo de las dos palmeras y la negra en la proa. Nosotros seremos los últimos en marchar.

—Me parece que tienes razón —asintió Gustav—. Voy a dar las órdenes. Y no descuides a la chica, esos de la CIA parecen como enamorados de ella. Y además, puede sernos útil.

Erikson asintió. Quedó solo en la choza con la desvanecida prisionera, cuya piel realmente estaba ardiendo. Le echó una manta por encima, convencido de que si lo que hacía era echarle agua fría encima bruscamente iba a ser peor para ella. Afuera se oían las voces de los mercenarios, que se fueron acallando.

Finalmente, en la choza entró Gustav.

—Todo en marcha. ¿Cómo está?

—Psé —encogió los hombros Erikson—… Es muy fuerte, aguantará.

—Qué desperdicio, ¿eh? —Sonrió Gustav—. Está tan buena que me quedaría con ella para gozarla como se merece.

—Quizá tengamos otra ocasión.

Un negro enorme entró, y Erikson señaló a Brigitte.

—Siempre tiene que haber uno de vosotros con ella vigilándola, y los otros dos vigilando afuera. Y no descuidaros, pues es una mujer muy peligrosa.

—Y nada de lastimarla, ¿entendido? —Gruñó Gustav.

El negro sonrió de oreja a oreja. Los dos mercenarios titubearon, pero ya no podían entretenerse más. Durante todo el día habían estado preparando y explicando a sus hombres lo que se tenía que hacer en todo momento, y nada debía ser alterado.

Fuera de la choza se oyó el motor del Land Rover, y la voz de Norton. El negro dejó la metralleta sobre una mesa llena de restos de comida, y se acercó a Brigitte, se acuclilló junto a ella, y apartó la manta, dejando al descubierto completamente el desnudo cuerpo de la espía, que parecía si no muerta sí sumida en un *shock*, quizás en coma… El negro separó los brazos de Brigitte, y luego sus piernas, entre las cuales quiso colocarse, pero le molestó la hoz que llevaba en la cintura. Se la quitó, la dejó en el suelo a un lado, y abrió su pantalón mostrando su tremenda virilidad. ¿Quién se iba a enterar? Si estaba muerta o iba a morir pronto… ¿por qué desperdiciarla?

Introdujo su enorme miembro en la mujer…, y entonces ella abrió los ojos.

El negro los vio, grandes, azules, como congelados, fijos en él, que se quedó también como congelado. Cuando la mujer blanca se movió, él no tuvo tiempo de nada: ella agarró la hoz con la mano izquierda, la movió fuerte y velozmente, y de un solo, tremendo, escalofriante tajo, degolló al negro, que emitió un extraño sonido por el tajo, por el que brotó un torrente de sangre que cayó sobre Brigitte. Ésta ni siquiera esperó a que el cadáver del negro cayera sobre ella. Lo empujó a un lado, se puso en pie, y se acercó a la mesa, recogiendo la metralleta dejada allí por el negro. Afuera se oía el motor del Land Rover.

Brigitte se acercó a la ventana, una simple abertura, y vio el Land Rover y a Gustav al volante. En ese momento, Gustav volvía la cabeza hacia la choza, como inquieto. Vio a la agente Baby en el hueco de la ventana, abrió la boca en un gesto de sorpresa…, y Brigitte disparó la primera ráfaga hacia el Land Rover.

La cabeza de Gustav pareció convertirse en un colador por el que escapaba la sangre por diminutos agujeros, y el cuerpo del mercenario fue empujado hacia el otro lado del asiento, donde viajaba Joy, que se echó un poco hacia delante para ver qué pasaba…, y recibió tres balazos que reventaron su nariz y su ojo

izquierdo, haciéndole girar la cabeza con tal fuerza que quedó colgado medio cuerpo por la ventanilla del vehículo…, que circulaba dando bandazos y describiendo eses.

—¡Pero qué demonios…! —aulló Erikson.

El Land Rover chocó con la cruz hundida en el centro de la explanada en la cual había estado crucificada la espía americana, y el motor se caló. El vehículo quedó detenido allí bruscamente, mientras Erikson y Norton, que iban atrás, perdían el equilibrio, y el primero quedaba tendido dentro del Land Rover y el segundo salía disparado fuera y rodaba por el suelo.

Norton ni siquiera llegó a ver a Brigitte: recibió una corta ráfaga tan corta que todos los proyectiles se alojaron en su corazón, y tras girar espectacularmente quedó tendido de bruces sobre el polvo.

Dentro del Land Rover, Erikson tuvo que comprender, simplemente, que algo había funcionado mal, y permaneció quieto, a salvo del ataque, que había cesado bruscamente.

—Maldita sea —jadeó—… ¿Qué ha pasado?

No se oía nada.

El silencio era increíble, comparado con el reciente estruendo de los disparos. ¿Y dónde demonio estaban los tres hombres…? No, dos, porque uno había quedado en la choza con la espía, los otros dos, cumpliendo órdenes, estaban vigilando los accesos al lugar…

Quizá transcurrieron dos minutos antes de que Erikson decidiera que la situación tenía que resolverse de un modo u otro. Naturalmente, lo ocurrido indicaba que la espía había dado un gran cambio a su situación, y que incluso podía tener las de ganar, el control del lugar…

—¡Eh! —Llamó Erikson—. ¡Oiga!

Silencio.

Pero casi enseguida llegó la voz de uno de los dos hombres que habían sido apostados en el acceso a la explanada.

—¡Erikson! ¿Qué ocurre?

—¡Cuidado! —Gritó Erikson—. ¡Esa mujer ha conseguido un arma, y dispara como un demonio! ¡Está en la choza de mando!

Se oyeron las voces del mismo hombre y del otro. Luego, de nuevo el silencio. Erikson maldecía sin cesar entre dientes, sin atreverse a asomar la nariz, porque, en efecto, la prisionera había demostrado que su puntería estaba fuera de toda ponderación.

Pasaron otros cinco o seis minutos antes de que se oyera la voz del mismo hombre de antes.

—¡Erikson! ¡Ella no está aquí!

—¡Cómo que no está! —Masculló el mercenario—. No está… ¿dónde?

—¡Oscar está muerto! —Le llegó otra noticia—. ¡Pero ella ha desaparecido! Las reflexiones de Erikson duraron bien poco. Si los dos estúpidos aquellos habían conseguido entrar en choza era indudable que ella no estaba allí. Es decir, que había optado por la fuga tras abrirse el camino necesario para ello…

Maldiciendo sin cesar, Erikson saltó al fin del vehículo, y corrió hacia la choza. Cuando entró, vio a Oscar, degollado brutalmente, tendido sobre un charco de sangre y con los ojos casi fuera de las órbitas. El muy bestia se había llevado un buen susto antes de morir, eso estaba claro.

—Eso no es una mujer —dijo uno de los mercenarios—, es una fiera. Erikson asintió, y se acercó a mirar pensativamente por la ventana.

Y de repente, comprendió la jugada de la espía: mientras ellos perdían el tiempo allí ella debía de estar acercándose al lugar donde habían dejado la lancha aquella madrugada.

—La puta que la… —jadeó.

—¿Qué pasa?

—¡Vamos al Land Rover! ¡Esa maldita zorra ha ido a por la lancha, y si consigue llegar a ella jamás podremos alcanzarla!

Corrieron los tres hacia el Land Rover, que separaron de la cruz y revisaron rápidamente. El motor fue puesto en marcha sin problemas, y Erikson lanzó un aullido de alegría.

—¡Subid, pronto, todavía podemos alcanzarla, pues ella va a pie!

El Land Rover salió disparado, enfilando pronto el camino que conducía a la zona de acantilados. Erikson iba mascullando maldiciones e insultos contra Brigitte, y asegurándole un futuro terrible si volvía a ponerle las manos encima…

Todavía maldijo más cuando vio la piedra en el camino. No era de gran tamaño, ni mucho menos, hasta el punto de que ni siquiera hacía falta apearse para apartarla, pues el Land Rover podía pasar por encima sin dificultad. Pero, simplemente, por acción de reflejos,

Erikson pisó el freno, y el vehículo se detuvo a un par de metros de la piedra.

Brigitte Montfort, todavía desnuda, apareció por un lado del camino, y lanzó hacia el Land Rover una de las granadas que había encontrado en otra de la chozas mientras Erikson perdía el tiempo. Los tres hombres vieron la granada, desorbitaron los ojos, abrieron la boca…

La granada explotó justo cuando chocó contra el pecho del mercenario que conducía. El Land Rover pareció hincharse como un globo rojo, saltó y retembló, y enseguida quedó envuelto en una gran llamarada al incendiarse el combustible. Dentro del vehículo, ya muertos, quedaron los dos mercenarios, asándose, mientras Erikson, aullando, salía disparado, con el fuego prendido en sus ropas. Estaba chillando enloquecido cuando vio ante él a la espía crucificada: ella le apuntó al pecho con la metralleta, y disparó un solo tiro. Erikson recibió el balazo en pleno corazón, cayó de espaldas, y quedó tendido con los ojos casi fuera de las órbitas y su cuerpo envuelto en maloliente llamarada.

Baby estuvo unos segundos contemplando sosegadamente el estremecedor espectáculo. Luego emprendió el regreso a la choza de mando, donde los mercenarios tenían una potente radio y diverso material móvil de comunicación.

Y ciertamente, Calígula, Hitler y Atila tenían razón: ella no iba a tener problema alguno en comunicar con el personal de la CIA en Jamaica.

Capítulo VII

Desde el helicóptero, la mujer se descolgó a la cubierta del yate que navegaba de regreso a Kingston. Un par de hombres se acercaron a ayudarla, y ella lo agradeció con una sonrisa. Los dos nombres eran agentes de la CIA, y sólo veían a una mujer vestida con ropas masculinas y que parecía rubia, pero ellos sabían que no lo era, pues la peluca la había pedido al mismo tiempo que horas antes había dado instrucciones por la radio desde el norte de Jamaica, a donde acto seguido había ido un helicóptero a recogerla.

—De manera que los atrapamos —dijo alegremente la rubia.

—Están dentro, bien custodiados. Supongo que seguimos navegando de regreso a Kingston.

—Sí, desde luego. ¿El yate Little Jaw continúa bajo vigilancia?

—Descuide: nadie de ese yate podrá escapar. En cuanto a los sujetos de este yate son de cuidado.

La rubia asintió, y se dirigió a la entrada. El helicóptero volaba ya de regreso a Kingston, destellando sus luces en la oscuridad de la noche.

Cuando la rubia apareció en la sala del yate todos los hombres allí reunidos la miraron. Cuatro de ellos eran también agentes de la CIA que formaban parte del equipo de siete que, utilizando un helicóptero, habían tomado por asalto el yate Snow Black mientras se alejaba de Jamaica. Los otros cinco eran prisioneros de la CIA. Dos de ellos norteamericanos, y los otros tres indiscutiblemente latinos.

La rubia fue mirando a estos cinco, uno u uno, y por fin sonrió sarcásticamente.

—Apuesto a que ustedes todavía no saben exactamente qué está pasando —dijo en español.

—Lo sabemos perfectamente —dijo uno de los latinos—. Ustedes son piratas que…

—Mire, señor, nosotros somos de la CIA, no piratas. Los piratas criminales son ustedes. Y les diré por qué: han financiado una operación sangrienta sólo para tratar de impedir que se realicen las reuniones entre el gobierno de Nicaragua y la Contra, es decir, que ustedes desean que se mantenga el actual estado de cosas, y para ello recurrieron a tres pobres sujetos comidos por el rencor. Evidentemente, a esos tres hombres los recomendaron ustedes —señaló a los dos norteamericanos—, lo que me hace comprender que disponen de contactos más o menos próximos a la CIA y más o menos importantes. Eso se aclarará más adelante. Ahora, quiero informarles que su operación ha fracasado sin tan siquiera haber comenzado. ¿Me van comprendiendo?

—¿Quién es usted? —mascculló uno de los latinos.

—Estoy segura, señor, de que sus amigos yanquis lo saben. ¿No es cierto, caballeros?

—Es la agente Baby, de la CIA —dijo con voz aguda uno de los norteamericanos—… No puede ser otra.

—Es usted sumamente perspicaz. Pero dígame, además de Baby… ¿quién soy yo?

—No lo sé.

—Menos mal —sonrió encantadoramente la rubia—: eso demuestra que sus contactos con la CIA son de bajo nivel; tan bajo, que ni siquiera conocen la verdadera personalidad de Baby. Pero permítame que termine de explicarles las cosas, para que ustedes se den cuenta de que lo tienen todo perdido, todo absolutamente, y que para evitarse molestias digamos… insoportables lo mejor que pueden hacer es contestar a las preguntas que les iré haciendo en breve. ¿Me siguen? ¿Sí? Estupendo. Oh, gracias, Simón…

Aceptó el cigarrillo encendido que le tendía uno de los agentes de la CIA, fumó plácidamente durante unos segundos, y luego explicó:

—Estuve en el campamento de los mercenarios, y puedo asegurarles que ya no les servirá de nada a ustedes ni a nadie. Desde allí, llamé por la radio a mis compañeros de Jamaica —hizo gesto hacia los Simones—, y les dije que debían vigilar un yate anclado en la bahía de Kingston y cuyo nombre era Little Jaw, que esta misma noche iba a recibir la visita de algunas personas, las cuales, después de que hubieran visitado el Little Jaw y

abandonaran éste, debían ser… retenidas y puestas a mi disposición. Como ustedes ven, así se ha hecho, y ahora el Snow Black está bajo mi control…, igual que ustedes. Mientras tanto, el avión de carga que desde Kingston debía transportar a los mercenarios y sus armas hasta Nicaragua, ni siquiera ha alzado el vuelo, y está retenido, así como sus ocupantes, por las autoridades jamaicanas, que está… en conversaciones con determinados empleados de alto nivel de la CIA. En cuanto a los mercenarios jefes que debían dirigir la operación y reclutar personal en Nicaragua para cometer mil tropelías simulando ser de la Contra, que no respetaba el alto el fuego, están muertos. ¿Tienen ustedes alguna duda?

—¿Qué es lo que quiere usted? —Gruñó uno de los yanquis.

—¿Que qué quiero? —Se sorprendió Baby—. No le comprendo. A menos que se refiera a la información total de este asunto…

—Podemos llegar a un acuerdo.

Uno de los Simones adelantó amenazadoramente un paso, pero Baby le retuvo con un gesto.

—¿Un acuerdo económico, quiere decir? —inquirió.

—Por supuesto. Podemos ofrecerles a todos ustedes una verdadera fortuna… Porque esto no termina aquí, somos más los implicados en este complot por medio del cual, tanto algunos nicaragüenses como algunos norteamericanos con negocios en América, pretendemos conservar las cosas tal como están y seguir explotando la situación a nuestro favor.

—Sí, ya me imaginaba algo así —sonrió encantadoramente la rubia—… ¿Sabe? Lo que más me deprime de mi trabajo es que casi siempre acabo topándome con gentes como ustedes, pequeños criminales que cometen grandes crímenes para ganar dinero. Siempre es lo mismo, siempre ambicionan el poder y el dinero. Quizás alguna vez me tope con alguien que desee conseguir algo diferente, como, por ejemplo, que sea obligatoria la felicidad en todas partes. ¿Qué les parece la idea? ¿Se imaginan? ¡La Felicidad, obligatoria!

—Déjese de tonterías —masculló el otro norteamericano—… Podemos ofrecerles a todos tanto dinero que vivirían como reyes el resto de sus vidas.

—Por lo general no suelo utilizar palabras feas, pero de cuando

en cuando es inevitable. ¿Sabe usted lo que seríamos mis compañeros y yo si aceptáramos su dinero mientras la gente muere y tres de nuestros ex combatientes rumian su desgracia de mutilados? Seríamos, señor, unos hijos de puta. Y yo no deseo ser una hija de puta. Y me parece que mis compañeros tampoco.

—Ustedes no tienen ni idea de lo que están despreciando… Ya le digo que somos más de los que usted ve aquí, y…

—¿Ve usted, señor? ¡Eso sí me interesa, saber cuántos más son y quiénes son! Hablemos de eso, pues.

—¿Pretende que delatemos a todos los de nuestro grupo?

—Sí, eso pretendo exactamente.

—No se lo diremos jamás.

La bella rubia y los agentes de la CIA que la respaldaban se quedaron realmente pasmados, atónitos.

Luego, todos a la vez, soltaran una gran carcajada.

* * *

Llegó al yate nadando silenciosamente, y no tuvo ningún problema para alcanzar la borda tras trepar por la cadena del ancla. El Little Jaw se movía suavemente, como una joya blanca sobre el negro terciopelo de las aguas que reflejaban las luces de la cercana Kingston.

Abrió la bolsa de plástico, y sacó la pistola provista de silenciador y la pequeña radio; ésta se la colocó dentro de la parte inferior del bikini, aquélla la empuñó con la mano derecha…

Parecía que no había nadie en el Little Jaw.

Y sin embargo, dentro había luces encendidas… Era un silencio insólito en un barco dentro del cual se suponía que había ocho personas, es decir, Calígula, Atila, Hitler, Gio, y los cuatro hercúleos personajes que habían torturado a Norbert Hart antes de crucificarlo; Andrew Wells, Jefferson Craig, Peter Stewart, y el cubano Lorenzo Covarrubias.

Ocho hombres sumidos en un total silencio.

—No me gusta —pensó Brigitte—… No me gusta nada.

Permaneció quieta, atento el oído. Tal vez sería mejor que llamase por la radio a los Simones que esperaban sus instrucciones. ¿Por qué complicarse la vida? Había preferido adelantarse para

intentar controlar la situación sin que hubiera disparos, ni heridos, ni muertos. Pensaba que si conseguía sorprender a los tres lisiados de la CIA podían ahorrarse vidas y complicaciones…

¿Se habían percatado de algo los tres lisiados y habían escapado abandonando el yate?

Tras dudar todavía unos segundos más, Brigitte se deslizo hacia el interior del yate. Bajó cuidadosamente la escalera que unía la cubierta con la salita.

Allí encontró a Hitler.

Estaba sentado en el diván, y parecía mirarla, pero ciertamente no podía verla. O quizá la estuviese viendo, pero no con los ojos quietos de la cara, sino con los del espíritu. Hitler tenía una mancha de sangre en el pecho, justo sobre el corazón.

Brigitte se acercó, muy despacio, tensa y atento su fino oído. Se vio reflejada en los ojos de Hitler, que estaba horripilante, con aquella expresión crispada, sin peluca, mostrando su cabeza desorejada… Brigitte tocó su frente, y la encontró caliente. Debía de haber muerto hacía muy poco rato.

Persistía el silencio en el yate.

La espía se deslizó por el pasillo de los camarotes, y entró en uno de ellos.

Allí estaban Calígula y Atila. El primero caído de bruces en el suelo, con dos manchas de sangre en la espalda, en la zona del corazón. Atila había caído de espaldas en el lecho y su solitario ojo estaba como crispado, como en la observación de algo todavía latente que le había… sobresaltado, enfurecido. Un balazo le había acertado de lleno en la garganta, produciendo una herida mortal y fulminante.

Se acercó a él y le tocó la frente, que encontró igualmente caliente. Como si prácticamente acabase de morir…

—No se mueva —sonó la voz tras ella—… Permanezca de espaldas a la puerta y deje caer su pistola.

Brigitte apenas se irguió, fija su mirada en el dolorido ojo de Atila. Dejó caer la pistola sobre el lecho, cerca del cadáver, y eso fue todo lo que hizo.

—Apártese de ahí. Camine hacia su izquierda.

Obedeció, despacio. Por supuesto, había reconocido la voz de Gio, el simpático cocinero que la invitaba a champán. Se volvió

despacio, y se quedó mirándole. Giorgio Scranelli tenía en la mano una pistola con silenciador, y miraba a la espía americana como si pretendiera perforarla con la dureza de sus ojillos perversos.

—De modo que todo ha salido mal —susurró.

—¿A qué se refiere?

—Si usted está aquí es que la parte de la operación referente a los mercenarios y su actuación en Nicaragua ha sido desbaratada.

—Me congratula decirle que sí —sonrió Brigitte Montfort—… ¿Está usted solo a bordo? Quiero decir, vivo.

—Sí, estoy solo.

—¿Dónde están Covarrubias y los otros tres?

—Salieron a divertirse… No creo que tarden mucho en volver.

—¿Y por qué no salió usted también? ¿No le gusta divertirse?

—Yo no estoy aquí pana divertirme, sino para asegurarme de que las cosas funcionan como han de funcionar.

—Creí que era el cocinero —sonrió Brigitte.

—Es una distracción como otra cualquiera, mientras vigilo lo referente a mi verdadero trabajo. ¿A usted no le gusta cocinar?

—Pues… francamente, no mucho —torció el gesto Brigitte—… ¿Los ha matado usted a los tres, Giorgio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho; la vi a usted acercarse a nado al yate, y comprendí que todo iba mal. Por tanto, cumplí las órdenes que tengo desde que me contrataron para participar en la operación.

—Entiendo… Calígula, Hitler y Atila sabían demasiado, y los verdaderos patrocinadores de la operación previeron la contingencia de que pudieran ser detenidos o tuvieran cualquier problema… de imposible resolución. Entonces, usted, un asesino de primera categoría, debería silenciarlos a los tres.

—Sí.

—Eso no ha servido de nada, Giorgio. ¿Quiere que le explique la situación?

—Ya me enteraré. Ahora no tengo tiempo que perder, así que…

—Es que no va a poder ir a ningún lado, Giorgio. He venido sola al yate, pero eso no significa que esté sola. Tenemos a los cinco hombres del yate Snow Black que estuvieron aquí de visita a primera hora de la noche; el avión de carga con los mercenarios

está retenido en el aeropuerto, los mercenarios están muertos… En el embarcadero hay varios agentes de la CIA esperando mi aviso para subir a bordo y controlar también la situación aquí. Usted no va a poder escapar… Absolutamente nadie de los que han participado en esta operación va a escapar, se lo aseguro.

—Está mintiendo —masculló el obeso Giorgio Scranelli—… Si tuviera gente en el embarcadero no habría venido sola al yate.

—Usted solamente tiene una posibilidad de supervivencia, Giorgio: llegar a un acuerdo conmigo. Y le ofrezco un acuerdo porque quien tiene las de ganar en este momento es usted, de otro modo no habría acuerdo posible, por haber matado a tres de mis ex compañeros.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Mi vida por la suya. Si me mata, usted también es hombre muerto. Si no me mata, daré orden de que le dejen marchar. Y yo siempre he cumplido mis tratos, Giorgio.

La vacilación de Scranelli era visible, estaba titubeando, haciendo sus cálculos. Si ella decía la verdad, efectivamente él era hombre muerto por mucho que se la llevara por delante. ¿Y de qué servía llevarse por delante a nadie, comparado con el goce de seguir viviendo?

Como si los acontecimientos quisieran ayudar a Giorgio a decidirse, afuera sonaron de pronto gritos y un par de disparos. Se oyeron más gritos, y enseguida ruido de pies pateando con fuerza la cubierta del yate, más gritos de dolor y más disparos… Las pupilas de Giorgio se dilataron, su mano se crispó con fuerza, su dedo presionó el gatillo un poco más.

De pronto, dejó caer la mano armada, y murmuró:

—De acuerdo. Acepto su trato.

Brigitte asintió, y recurrió a la pequeña radio que había metido antes en el bañador. Pulsó la llamada.

—¿Simón?

—Sí. Estamos…

Se oyeron más disparos que impidieron oír la respuesta de Simón, y acto seguido el choque de un cuerpo contra el agua. Se oyó de nuevo la voz de Simón:

—¿Me oye, Baby?

—Sí. Acaban de enfrentarse a cuatro hombres, ¿no es así?

—Sí. Les dimos el alto cuando vimos que iban a abordar el yate, pero se revolvieron disparando… A menos que el último, que ha caído al agua, se salve, han muerto los cuatro. ¿Cómo están las cosas ahí?

—Bajo control —murmuró Brigitte—… Pueden venir cuando quieran.

Cerró la radio, se acercó a Giorgio Scranelli, y le quitó la pistola. Apoyó la boca del silenciador en el pecho del obeso asesino, justo sobre el corazón, y apretó el gatillo.

Plop, chascó el disparo. Giorgio retrocedió un paso, mientras sus ojos aterrados miraban los de Baby, que dijo, secamente:

—De cuando en cuando da gusto faltar a nuestra palabra, Gio. Y estoy segura de que a Atila, Hitler y Calígula les ha encantado que yo, en esta ocasión, haya abolido la bondad.

Este es el final

—Pero entonces —murmuró Minello—…, ¿echaste al mar los cadáveres de los tres?

—Así es, Frankie.

—¿Por qué?

—Me pareció que ellos lo habrían preferido así. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? ¿Traerlos a casa? Eso habría implicado enterarme de sus nombres, posiblemente saber que tenían familia, quizás una madre, hermanos, cualquier pariente, quizás… un amor deteriorado. Y luego, cada uno habría ido a parar a un cementerio diferente, destrozados, asesinados… No. No quise ese final de finales para ellos, de modo que los… empaquetamos a los tres juntos y los tiramos al fondo del mar.

—Usted es muy especial —refunfuñó Charles Alan Pitzer, que se hallaba también en el salón del apartamento de Brigitte—… Habla de esos hombres como si los estimara de alguna manera…, parece olvidar que ellos pudieron ocasionar un tremendo caos y estropear unas conversaciones que tal vez den buenos frutos.

—No olvido nada —le miró serenamente Brigitte—. Usted sí que olvida algo, tío Charlie.

—¿Yo? ¿A qué se refiere?

—A que a esos tres hombres se les hizo actuar clandestinamente como putas y luego autorizaron la prostitución. Pero no es sólo eso: es que si se hubieran realizado conversaciones desde el principio, nada de esto habría sucedido. Ni habrían sucedido tantas cosas horribles, ni un agente jubilado de la CIA habría sido crucificado. Estas cosas que hacen unos hombres pueden volver locos a otros hombres, es así de simple. Es como si usted y yo entablamos una batalla en mi apartamento y cuando lo hemos destrozado completamente y los dos estamos hechos papilla se nos ocurre que podríamos iniciar conversaciones de paz. ¿No le parece mucho más

razonable no iniciar la guerra?

—Podríamos bebernos una botella de champán —dijo Minello.

Pitzer le dirigió una irritada mirada, pero Brigitte le sonrió, e inquirió:

—¿Para celebrar qué, Frankie?

—Siempre hay algo que celebrar, a pesar de todo —dijo Frank Minello—… Yo, por ejemplo, siempre celebro que vuelvas a casa. Ya sé que soy un egoísta, pero ya se sabe; nadie es perfecto, en esta puñetera Humanidad.

—Tal vez algún día —murmuró Brigitte Montfort.

FIN

Notas

[1] Sangre caliente, en inglés. < <

[2] John Pearson, alías «Fantasma», es un viejo amigo de aventuras de Brigitte que actualmente ocupa un alto puesto directivo en el S. S. británico. <<